

MONS. MANUEL LARRAIN E.

escritos completos

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.

3

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

"Con la presente quiero expresar a usted la viva complacencia de Su Santidad al tener en sus manos esta publicación, en que se recoge abundantemente la predicación de Mons. Larraín toda ella tan impregnada de sentimientos eclesiales".

Secretario de Estado Sustituto.

"Queira receber meus especiais agradecimentos por sua carta de 30-12-76, que acompanha o valioso I Tomo dos "Escritos Completos" do caudoso apóstolo Manuel Larraín. Com auxilio dos filhetos, difundiremos a publicidade da Obra, em boa hora lanzada por V. R. Que o espirito e as palavras vigorosas de Mons. Larraín ajudem a maturidade da nossa Igreja".

*Cardenal Aloisius Lorscheiter
Presidente del CELAM
Secr. Gral. Conf. Episcopal de Brasil*

"Estimo que este es un trabajo de mucha importancia para nuestra Iglesia y te felicito por tus desvelos y dedicación para llevarlo a cabo".

*Card. Raúl Silva Henríquez
Arzobispo de Santiago*

"Que el Señor lo recompense por el esfuerzo en la difusión del luminoso pensamiento de Don Manuel, quien ha sido uno de los grandes servidores del CELAM y de los grandes Obispos latinoamericanos".

*Mons. Alfonso López Trujillo
Secretario General del CELAM*

"Te felicito de veras por tu trabajo, que viene a constituir un valioso aporte en la bibliografía pastoral latinoamericana. Escritos como los de Don Manuel constituyen una presencia permanente de su vida y acción en una Iglesia latinoamericana en cuyo crecimiento y renovación se empeñó. Yo tuve la fortuna de poder recibir de su palabra y testimonio.

He pasado a todos los Obispos, así como a diversas instituciones de Iglesia, los datos acerca de la nueva obra, a fin de promoverla. Espero que tenga buenos resultados".

*Mons. Ovidio Pérez Morales,
Obispo Auxiliar de Caracas
Secr. Gral. Episcopado de Venezuela*

"...confío que se interesarán por la obra (los Obispos ecuatorianos) de un Obispo que entregó su vida a la causa de la Iglesia no sólo en Chile, sino en toda América".

*Mons. Raúl Vela Chiriboga
Secr. Gral. Episcopado Ecuador*

MONS. MANUEL LARRAIN E.

Con las debidas licencias.

Derechos reservados: Inscripción 45.999

Santiago de Chile - Imprenta "San José" (1978)

Pbro. PEDRO DE LA NOI
Dr. en Filosofía
Prof. en la Universidad Católica de Chile

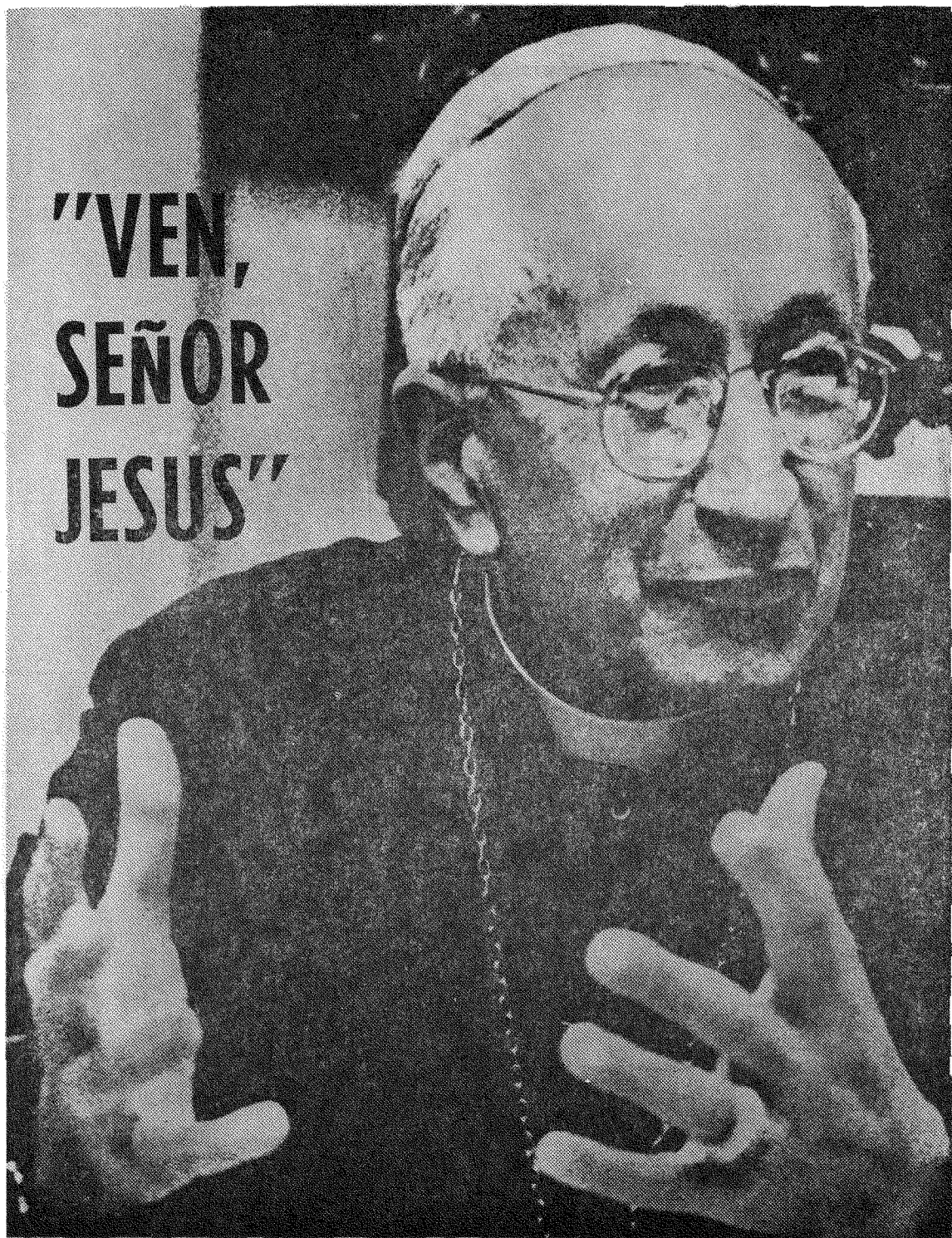
MONS. MANUEL LARRAIN E.
ESCRITOS COMPLETOS

Tomo III

LA IGLESIA EN SU ESPIRITUALIDAD

EL LAICO CRISTIANO

**"VEN,
SEÑOR
JESUS"**



ADHESION DE CARD. BAGGIO A ESCRITOS DE MONS. LARRAIN

IL CARDINALE SEBASTIANO BAGGIO
PREFETTO DELLA SACRA CONGREGAZIONE PER I VESCOVI

Roma, 3 de enero de 1977.

Reverendo y querido Padre:

He acompañado muy de cerca con interés y cariño las diversas iniciativas con que la diócesis de Talca y la Iglesia de Chile han conmemorado los diez años de la muerte del que fué uno de sus mayores exponentes, Monseñor Manuel Larrain Errazuriz, y celebro que la principal de ellas, o sea la publicación de sus escritos completos, esté siendo una realidad, gracias a la inteligente y diligente labor de Usted.

Mi gratitud y aprecio por el envío del primer volumen y el ofrecimiento de los dos restantes no son tan sólo los ordinarios del Prefecto de la S. C. para los Obispos quien se alegra al ver que un Pastor ejemplar de la Iglesia puede continuar irradiando la luz de sus enseñanzas y de sus ejemplos aún después de terminada su carrera terrena, desde el candelabro de sus escritos y de su biografía; son aquéllos muy particulares y muy hondos de un fraterno amigo y admirador de Don Manuel, no pocas veces in passione socius y siempre en íntima comunión con sus solicitudes eclesiales, desde que me cupo la dicha de conocerle en 1953 hasta su dramática muerte de la que fui informado el día mismo en que acaeciera por la acongojada comunicación de un amigo común.

Ojalá que las palabras del Prelado que tanto quiso y tanto lustre dió a su Iglesia de Talca y a Chile continúen siendo meditadas y las lecciones de su vida no sean olvidadas.

Reciba, carísimo don Pedro, mi afectuoso saludo y mi bendición.

Reverendo
Pbro. D. Pedro de la Noi B.
Profesor en la Universidad Católica de Chile

Santiago

+ S. Card. Baggio



*Cardenal Sebastián Baggio, Nuncio en Chile
del 1 - VII - 1953 al 12 - V - 1959*

INTRODUCCION

En unas viejas tarjetas de borrador, con tinta ya algo descolorida por el tiempo, encontramos un esquema reflexionado por el Pbro. Manuel Larraín, Asesor de los universitarios, en la época.

¿Su tema?

La piedad.

En ellas se expresa su substancia, su forma, su regla, su medida, su definición.

Helo aquí:

La piedad
• ¿Qué es? - Generosa disposición del alma que nos lleva a amar a Dios - olvidarnos de nosotros y buscarlo a Él en todo.
Su substancia = amor filial a Dios y al prójimo
Su forma = conjunto de ejercicios y prácticas
Su luz = la fe que hace ver a Dios en todo
Su fin = la perfección del alma.
Su regla = el deber
Su medida = nuestra identificación en Cristo

En una segunda tarjeta, unida a la primera, se contraponen la auténtica piedad cristiana a la falsa piedad: externa, pueril, mundana, sentimental:

3 La falsa piedad

Extern-

fecial - se amane

mundane-

Sentimental = Cuanto más
verdadero es un amor menor
necesidad tiene de ser sen-
sible.

La verdadera devoción es:

Voluntad = fundada sobre fe
viva e ilustrada - lect. sp.
dogmas gen.

humilde = no es un pedestal
sino un punto de recog-
imiento.

Amable la alegría crist.

Celosa-

Razonable = Hace la
piedad razonable y la
razón piadosa - ^{deberes} ~~deberes~~
y conceptos - deberes y dese.

Moderada = no se abusa
en prácticas - in spi-
ritu et veritate.

No es una Cadena que
compromete es una fuerza,
el signo de una vida nueva.

Si bien estos dos esquemas se refieren no a la espiritualidad en la variedad de sus aspectos, sino sólo a la piedad, nos parece que reflejan bien una línea de pensamiento que perdura a través de los años y que está, igualmente, presente en los distintos escritos: ir a lo sustancial, al amor de Dios, que nos lleva a olvidarnos de nosotros y a buscarlo a El en todo; su luz es "la fe que hace ver a Dios en todo"; para el discípulo de Cristo, el seguimiento del Maestro es un deber; su ideal o medida, no es nada menos que la "identificación con Cristo".

Se trata de una vida "en espíritu y verdad", alimentada por el dogma de la Iglesia, que expresa su fe.

Si uno observa el itinerario de Mons. Larraín, puede ver cómo la dimensión eclesial de la vida cristiana se acentúa con el tiempo, hasta concluir afirmando en su *Testamento Pastoral*: "en ella he vivido y encontrado a Cristo".

Tal acentuación eclesial, lejos de cerrarlo, lo abrió en forma notable al ecumenismo, dimensión muy ausente de la mirada del obispo en un comienzo.

Igualmente, debemos decir que el adentrarse en el corazón de la Iglesia fue lo que lo empujó a mirar al mundo con más particular atención e interés, como se verá más claro en el volumen consagrado a "La Iglesia en el mundo".

Su atención al Evangelio y la base escriturística de su espiritualidad es innegable: en el prólogo a los *Cuadernos Bíblicos*, publicados por las Ediciones Paulinas, de Chile, nos decía:

"Tres son los grandes males que destrazan nuestra edad: el olvido de lo sobrenatural en las inteligencias, el desprecio de la ley moral en las costumbres y el odio sustituyendo al amor fraterno en los corazones. Ahora bien, ¿dónde encontramos un remedio más eficaz a estos males que en el estudio y meditación de la Palabra divina? Ahí contemplamos el plan misericordioso de Dios sobre el mundo y admiramos los caminos de su paternal providencia. Ahí vemos realizada la frase del salmista de que la Palabra divina es "antorcha para nuestros pies y luminaria para nuestros senderos" (1). Ahí tomamos el sentido espiritual y eterno de la vida".

Y concluye el mismo prólogo haciendo suyas las palabras de san Agustín: "conoce el corazón de Dios en las palabras de Dios".

Su admiración por Charles de Foucauld y la renovación evangélica que él representa es otro testimonio en este sentido.

Sin embargo, la Escritura la leyó y la enseñó a leer en el interior de la Iglesia, en medio de la vida de ésta, guiado por sus Padres y doctores, encarnada en sus santos y figuras más célebres.

(1) Sl. 118, 105.

Hemos querido, en este volumen, integrar con los escritos publicados por el autor algunos manuscritos: no será difícil al lector, evidentemente, distinguir unos de otros; a veces los hemos fotografiado; cuando esto no ha sido posible, los hemos transcrito a máquina. Lo hemos hecho en atención a que estos *Escritos Completos*, junto con ser material del estudioso y el crítico, deben serlo también de quien busca luz e inspiración del legado espiritual de este pastor, rasgos de la personalidad del cual quedarían empobrecidos sin el contacto directo con sus manuscritos. Por ello, nos hemos permitido incluso en una ocasión transcribir sus palabras desde un disco, por ser la única predicación en un matrimonio, que ha llegado hasta nosotros.

Debemos decir, finalmente, que la amplitud de los escritos nos ha obligado a dividir este tomo sobre "La Iglesia, en su espiritualidad" en dos volúmenes:

—"El laico cristiano" (III); y

—"El sacerdote y la vida religiosa" (IV).

**LA ESPIRITUALIDAD
CRISTIANA
BASICA**

Actitudes cristianas fundamentales

Mons. Larrain dio particular importancia a las "actitudes cristianas fundamentales" de toda vida cristiana, sea ésta del laico, del sacerdote o de la persona consagrada.

Hijo de San Ignacio, ¿podía descuidar el "principio y fundamento" del edificio espiritual?

Aquí publicamos una serie de escritos de esta índole. A primera vista, pueden aparecer casi inconexos. Sin embargo, hay algunos ejes, en torno a los cuales gira toda la vida del cristiano:

—LA PIEDAD, que brota de la vida interior y que, a su vez, la alimenta y renueva;

—LA PUREZA DE CORAZON, que salvaguarda la vida interior y permite transparentarlo y comunicarla con vigor;

—LA SOLIDARIDAD, en primer lugar con la Iglesia misma, con su vida y con sus acontecimientos, con sus pastores, con sus miembros más débiles. De ella hemos hablado ampliamente en el volumen I y su mejor expresión es su Testamento Pastoral;

—LA CARIDAD, razón de ser de todo lo demás y cuya ausencia es la clave más honda de las crisis entre los hombres.

LA VIDA INTERIOR DEL JOVEN CRISTIANO (1)
(6 - XI - 1921)

Sres.:

La época en que vivimos desconcierta a todos los espíritus y pone en el alma de todo el que reflexiona breves instantes, crueles expectativas y amargos temores para el porvenir de nuestra patria y de la humanidad.

Rotas las vallas todas, que la Religión, el deber y la moral imponían al individuo, destruida en germen en su alma su fe y su esperanza en Dios como Padre, materializado su espíritu en las torpes doctrinas de un positivismo grosero, no podía menos de suceder lo que por desgracia hoy día nos toca tristemente presenciar; una sociedad materializada en sus pensamientos, en sus obras y en sus fines, sin que una idea espiritual o elevada vibre en su alma, o un ideal puro y generoso aliente su vida, en que todo el objeto y fin del hombre puede cifrarse en esta sola palabra: gozar; una generación, en fin, que con San Juan podemos decir de ella, que todo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia del corazón.

Ante este desbordamiento de las pasiones todas del individuo, ante el desquiciamiento de los principios de moral y caridad cristianas —esa moral y caridad que formó el alma de los mártires de los primeros siglos de la Iglesia, que formó el alma de sus confesores y apóstoles a través de todas las edades, que hizo grandes a los pueblos que las practicaron y santos a los hombres que conforme a sus normas vivieron—, dirige uno angustiado sus miradas para buscar de dónde vendrá el remedio a tales males y encuentra en todas partes, cuando no la sensualidad, por lo menos el vacío, el abandono absoluto de toda vida interior, la separación íntegra entre la creatura y su Creador, el divorcio completo, en fin, entre el alma y su Dios.

Empapado completamente nuestro siglo en la fiebre de acción y movimiento, la vida interior ha pasado a ser casi desconocida y aún, triste es decirlo, despreciada y ridiculizada por los mismos que debieran haber buscado en ella la energía para sus actividades y el éxito seguro para el logro de sus esfuerzos.

Es en esta falta de vida interior del católico donde encontraremos la clave de tantas generosas resoluciones malogradas, de tantos desfallecimientos en la mitad del camino, de tantas mezquinas pasioncillas y rencorosas rivalidades, como tan seguido surgen en nuestras instituciones, de tantos fracasos de obras y asociaciones, que aunque dirigidas a un excelente fin, no

(1) Trabajo leído en una Convención de la Juventud Católica. Título original: *La vida interior del joven*.

tuvieron en sus miembros esa unión íntima con Dios, esa plenitud de vida interior que constituye la base misma de todo apostolado.

¿Qué es la vida interior y qué influencia ejerce en las diversas actividades del joven católico?, es lo que me propongo mostrar en el presente trabajo.

La vida interior, no es sino la vida sobrenatural en que el alma tiende a unirse a Jesucristo por la fe, la esperanza y la caridad y que éste nos comunica su espíritu y nos hace querer, sufrir, pensar y trabajar en él y para Él. Es la vida en que por medio de la oración, el sacrificio y las prácticas cristianas, Dios nos infunde fuerza para vencer las pasiones, gracia para conseguir las virtudes y celo ardiente para trabajar por la causa de Cristo y de su Iglesia.

Es, en una palabra, la vida cristiana vivida plena, intensa y verdaderamente.

Es en esta vida de unión con Cristo, donde la juventud católica formará sus verdaderos ideales de apostolado y de acción, es en esta unión donde se caldeará su espíritu en ardientes y generosas resoluciones, es ahí donde adquirirá esa fuerza y esa constancia que la harán inexpugnable y vencedora en las luchas y jornadas que ella emprenda.

Sí, señores, la vida interior es la gran formadora de los ideales de la juventud católica; si hoy día nos quejamos de la escasez de ellos, si nos lamentamos de la frivolidad y materialización que nos invade, es justamente, porque lo aparente ha seducido nuestro espíritu, y nos ha hecho olvidar que sólo en la unión íntima con Dios pueden germinar los ideales generosos y puros que deben guiar a esta entusiasta juventud.

Los ideales de los jóvenes católicos pueden resumirse en uno: el reinado de Cristo en las almas, en los pueblos y en las sociedades, e ideales como éstos no sirven, señores, en los labios; se necesitan antes que todo en la práctica y en el corazón.

Engendrados por la vida interior, sus ideales en el joven, necesita éste para su completa formación el desarrollo intenso de su vida intelectual; y he aquí que este desarrollo encuentra nuevamente como condición indispensable, la necesidad de una vida interior.

El recogimiento, la contracción y la severa moral que en ésta se contiene son del todo necesarias para que el joven pueda iluminar su espíritu e ilustrar su inteligencia con una ciencia firme y verdadera, que irá a consolidar los puros y levantados ideales que esta misma vida había desarrollado antes en su pecho hidalgo y generoso.

Porque es imposible, señores, creer, que en medio de las actividades del mundo o entre el torrente de placeres y sensualidad, pueda formarse una ciencia sólida y profunda o vivirse una vida intelectual intensa y verdadera, que requiere como condiciones indispensables la tranquilidad de espíritu, el recogimiento de los sentidos y la pureza de corazón.

Es entonces, al estar su vida interior plenamente vivida, al haber ya ésta desarrollado los ideales en su alma, fortalecido las virtudes en su corazón y ayudado a formar su inteligencia, cuando el joven puede manifestar por su apostolado los frutos preciosos que esta vida ha hecho nacer en él y que ha infundido en su alma esa abnegación y esa caridad que sólo aprenden en la unión absoluta con Cristo, unión que debe ser la base y fundamento de toda obra y de todo apostolado para el católico de acción.

¡Qué hermoso, señores, es contemplar en el joven esa unión íntima entre su vida interior y la activa, esa comunicación a sus hermanos de las gracias en que su espíritu está impregnado, ese desbordamiento, si así puede llamarse, de las almas, en que como el depósito de cristalinas aguas después de haberse llenado, vierte por los campos el agua que rebosa, fertiliza sus tierras, y va a reanimar y a dar vida a las raíces mismas de la sediente flor!

Y sobre la frente del apóstol que se une íntimamente a su Dios, éste hace descender las gracias todas de su bondad divina, y pone en su corazón la fuerza y la energía para las horas de lucha, la confianza y el empeño para las horas de desaliento, y la alegría y el consuelo para las de triunfos y victorias.

Y así armado de las bendiciones del cielo, el apóstol irradiará por doquiera la vida sobrenatural, la fe, la esperanza, la caridad, las virtudes todas que el Espíritu Santo comunica, e irá por la vida sembrando el bien y recogiendo como frutos inmediatos de su mortificación y piedad, las almas de sus hermanos redimidas y conquistadas para la causa de Dios.

Mas ¿de qué modo podrá el joven vivir esa vida interior de unión estrecha e inseparable con Dios?

Entre muchas maneras de llegar a ella, tres son las principales: los retiros espirituales, la frecuencia de sacramentos y la oración.

Los retiros espirituales! he aquí el horno en que se templan las almas y en el cual se prueba la calidad de los aceros.

Es ahí, en el silencio de la meditación y el recogimiento, cara a cara con Dios y su conciencia, donde la mayor parte de las almas extraviadas vuelven al regazo cariñoso de su Padre, ahí donde Cristo hace escuchar con más fuerza y energía las voces misteriosas de los que llama a sí, ahí donde se forman los verdaderos apóstoles que después se derraman por el mundo a sembrar la semilla de la verdad y del bien, ahí donde fructifican tantas ideas generosas, tantas aspiraciones elevadas, que después tratan de traducirse en obras y en acciones, para el triunfo de Dios y de su Iglesia.

Y como dice el ilustre jesuita Watrigrant:

"N. S. Jesucristo predicaba a la multitud, pero él formaba con un cuidado especial en sus momentos de predilección, sus 62 discípulos y sus 12 apóstoles, y cuando fue necesario constituir la asociación que debía conquistar el mundo al Evangelio, El preparó a sus miembros en el retiro del Cenáculo".

Y si recorremos la historia de la Iglesia, encontramos que sus más memorables jornadas y sus más preclaros triunfos se han preparado en la soledad fortificante del retiro.

En esa soledad fue a buscar Jesucristo durante cuarenta días la ayuda de su Padre, antes de emprender la predicación de su Evangelio, ahí se formaban los que fueron en los comienzos de la era cristiana lumbreras de la

Iglesia y de su siglo. Ahí iban a buscar en los tiempos actuales, Winthorst en Alemania y de Mun en Francia el heroísmo y la energía que los condujo al triunfo que tanto anhelaban y por el cual batallaron sin tregua ni desmayo.

De esos retiros surgen acrecentada por la fe, la vivísima luz de la esperanza, que advierte cuidadosamente los peligros del camino, ayuda a remover las espinas y zarzas que lo obstruyen y pone sobre la frente de los que a esa lumbre se acercan, un resplandor suave como de bendición y de gloria.

La frecuencia de sacramentos; he aquí, Sres., el segundo medio para que el joven viva plenamente su vida cristiana, encienda en su espíritu la constancia, el sacrificio y el celo y torne en frutos verdaderos sus levantados ideales de caridad, de amor y de justicia.

Es en los Sacramentos recibidos con frecuencia, donde el alma tibia se consolida en su fe, el pecador encuentra el camino de su enmienda y el católico fervoroso el sostén y alimento para trabajar por el reinado de Cristo, en los individuos, en los pueblos y en las sociedades.

Es en esas fuentes de la divina gracia y del divino amor, donde las almas sedientas de ideales, encuentran los tesoros de caridad y de valor que los hace lanzarse sin temores, a las más grandes empresas sin otro fin y otro norte que la mayor gloria de Dios.

Y en la jornada de su apostolado, en medio de la lucha y del bregar cotidianos, cuando las ingratitudes, el mal y las bajezas, pongan en su frente el cansancio y en su alma el amargo desaliento, en contrará el joven, sólo en el pan de los fuertes, el aliento y el sostén para su espíritu y la tranquilidad y la alegría para su abatido corazón.

Y llegamos, señores, a considerar el tercer medio de unión a Dios: la oración.

Nuestro siglo, lleno de orgullo y de soberbia, ha hecho casi completamente olvidar la oración, esa súplica alada que brota desde el fondo de nuestra alma y va a arrojarse en el regazo de Cristo, con la misma confianza y con el mismo amor, con que el niño se arroja en brazos de su cariñosa madre.

Por ese medio suben al cielo, todas nuestras quejas, todos nuestros deseos, todas nuestras aspiraciones y Dios, que nunca desoye la humilde y confiada oración, la retorna en bendiciones de gracia y en frutos de resignación y consuelo.

La oración es la escala misteriosa soñada por Jacob, por la cual nosotros subimos hacia el cielo y por la cual también Dios baja hasta nosotros para consolidar nuestra fe, reanimar nuestra esperanza y aumentar nuestra caridad.

El orgullo y el respeto humano nos hace muchas veces huir de ellas, sin acordarnos que el pedir, ante quien tiene el poder de dar, no humilla, sino que ensalza, que el comunicar sus almas con un amigo, no es señal de debilidad, sino de varonil carácter, y que no hay nada más cierto y verdadero que la frase del célebre orador: "Nunca es más grande el hombre, que cuando ante su Dios, para orar, se arrodilla"

Y antes de terminar, permitidme, señores, tributar mi homenaje de admiración y proponeros como el ejemplo vivo de los bienes que produce en el católico, una ardiente vida interior, a la brillante juventud católica francesa.

Los futuros hombres de que Francia espera su completa reconstrucción moral y material, han comprendido claramente estas dos grandes verdades que yo he tratado de desarrollar en el presente trabajo: que la vida de acción no debe ser sino el desbordamiento de nuestra vida interior, y que nada firme podremos fundar, si no ponemos por base la Religión, pero la Religión no sólo sentida, sino que además, y sobre todo, vivida, intensamente vivida.

Y en la negra noche de desconsuelo por que atraviesa hoy nuestra patria seremos nosotros, jóvenes católicos, si vivimos intensamente nuestra vida íntima, la única luz y el único rayo de esperanza que alumbrará nuestra abatida nación.

Y buscando en Dios, la fuerza del combate, llevando en nuestra bandera como los cruzados, la santa enseña de la Cruz, realizaremos nuestros ideales, cumpliremos nuestras resoluciones y triunfaremos en nombre de la justicia santa que a nuestra causa asiste.

Y sobre esta tierra dividida por lucha de hermanos, sobre esta tierra en que los rencores, los odios y las codicias amenazan hacerse cruda guerra, caerá como bienhechor rocío, como celeste bendición, la paz fraterna y el generoso amor, que Cristo ha prometido a todos los hombres de buena voluntad.

He dicho.

—::—

EL EJEMPLO DEL CRISTIANO (1)

(24 - I - 1926)

J. M. J. (2)

En esta tercera Dominica después de Epifanía, la Santa Iglesia presenta a nuestra consideración el trozo de la Ep. de San Pablo a los Romanos que acabáis de oír, a fin que meditando en ella tratemos de sacar algunas de las muchas enseñanzas que ahí se contienen, enseñanzas por medio de las cuales hemos de unirnos cada vez más a Jesús para producir con mayor abundancia frutos verdaderos de vida eterna.

(1) Manuscrito en papel carta con membrete del Pont. Collegio P. L. Americano - Vía Belli, 3 - Roma, 26; comentando. Rm. 12, 16 - 21; 3ª Dom. de Epif. Título original es: *El ejemplo del Cristianismo*.

(2) Jesús, María y José.

Nos habla primero el Apóstol de la necesidad del buen ejemplo y nos dice: Procurad el bien no sólo delante de Dios, sino también, delante de los hombres, es decir, servid al Señor de tal modo que vuestras acciones sean ejemplo y edificación de vuestros hermanos y luzca, como Jesús enseñaba, nuestra luz delante de los hombres para que nuestras buenas obras sean vistas por ellos y así glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Sed con vuestra vida santa una predicación clara y elocuente del Evangelio y no como, por desgracia, tan a menudo sucede, escándalo de vuestros hermanos y armas de las cuales los enemigos se sirven para atacar nuestra Santa Religión.

Pero quiero ahora hablemos de un buen ejemplo que con especial esmero debéis dar y sobre el cual versa de un modo especial la Epístola que acabo de leeros, y este es el amor a vuestros prójimos, la caridad fraterna, el perdón de la injuria recibida.

La santa caridad fue, amados hijos, la predicación predilecta de Ntro. Señor, recordad cuando decía:

“Os doy un mandato nuevo: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado; en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, en el amor que mutuamente os tenéis” (3).

En caridad paciente y generosa, el perdón de las injurias, el olvido de la ofensa; ésta debe ser la señal en la cual se distinguen sus discípulos, y así los paganos al contemplar el mutuo y fraternal afecto que los primeros cristianos se profesaban no podían menos que llenarse de asombro y exclamar: “Mirad cuánto se aman estos cristianos” (4).

Pero si con todos debéis ejercitar esa caridad, si nuestro corazón debe estar lleno de ese amor que no es sino la consecuencia del amor que a Dios debéis tener, hay una persona a la cual estáis obligados a amar aún con mayores pruebas de afecto y esta persona es vuestro enemigo; recordad lo que nos decía; Si amáis a los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? y si saludareis tan sólo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

El perdón de la injuria recibida es una obligación que nosotros tenemos; reflexionar unos instantes siquiera, traed a vuestra memoria el cúmulo de pecados que Dios os ha perdonado, pensad cuantas veces debisteis ser tratados con el rigor que nuestras grandes culpas merecían y sin embargo Jesús con entrañas amantísimas de Padre usó para vosotros de esa misericordia de que está lleno su Corazón adorable; y absolvió vuestras culpas, olvidó vuestras ofensas ¿y vosotros que habéis sido perdonados con clemencia queréis olvidar las de vuestro hermano? ¿cómo queréis después que el Señor tenga misericordia de vosotros que tanto lo habéis ofendido, si no sois misericordiosos para con vuestro prójimo que levemente os ofendió?

Del hombre lleno de rencor el Señor ni aún ofrendas quiere recibir. Si fueres a ofrecer tu ofrenda en el altar, decía Cristo en el Sermón del Monte, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí

(3) Jn. 13, 34.

(4) Tertuliano.

tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano y entonces ven a ofrecer tu ofrenda.

Sed, pues, amados hijos, llenos de indulgencia y caridad, sea vuestra mejor venganza colmar de beneficios al que os ofendió. Cumplid, aunque os cueste, el consejo que el Apóstol en esta Epístola nos da: Si tu enemigo tuviere hambre dale de comer, si tuviere sed dale de beber. No te dejéis vencer por lo malo, más vence el mal con el bien.

Así os mostraréis como verdaderos discípulos de Aquel que murió en la cruz perdonando a sus enemigos, así se cumplirá en vosotros la promesa de Jesús: Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

A. M. D. G. et B. V. M. (5).

(5) "Para mayor gloria de Dios y de la Santísima Virgen María".

—::—

LA VIDA DEL CRISTIANO EN SUS ASPECTOS GENERALES: CONSEJOS (1) (1940)

Cristiano:

Tu Obispo tiene el cuidado de tu alma. Quiere hablarte con la sencillez y el afecto de un padre que sólo desea tu bien. Te da como recuerdo estos consejos para que los conserves en tu corazón y los practiques en la vida.

VIVE TU VIDA CRISTIANA

Tu fe debes vivirla siempre. No basta con creer, hay que practicar. "La fe sin obras es muerta". Sólo así serás feliz en la tierra y en el cielo.

1) Para vivir la vida cristiana hay que permanecer en Gracia de Dios. Al recibir el bautismo fuiste hecho hijo de Dios. Tienes la gracia, o sea, la vida de Dios en tu alma. Eres templo vivo de Dios. Te ha sido dada por herencia el cielo. Conserva esa vida en tu corazón.

(1) Santiago: Talleres Gráficos "El Chileno", 15 p. Título original: "Consejos"

Puedes perderla por el pecado. El pecado es el mayor mal que puede acontecerte aquí en la tierra. Por él pierdes la amistad de Dios, matas la vida de gracia, arrojas a Dios de tu corazón, desechas tu herencia eterna. Al pecar olvidas que Dios es tu Padre. Renueva tu propósito de antes morir que pecar.

2) Para conservarte en gracia debes luchar contra los enemigos del alma. Vence la tentación. Para esto, en primer lugar, huye de las ocasiones. "Quien ama el peligro en él perece". No te expongas al pecado porque caerás en él. No confíes en tus propias fuerzas porque te engañarás.

3) El Domingo es el día del Señor. No lo profanes. Descansa y oye misa entera. Trabajar en Domingo es ofender a Dios y arruinar tu propia vida. El patrón que hace trabajar en día Domingo comete grave injusticia. El trabajo del obrero en ese día no es bendecido por el Señor.

Tu Misa debes oirla devotamente, tomando parte activa en el Santo Sacrificio. Para ello debes tener tu libro de piedad, el Manual diocesano "Oremus". Adquiérela en tu parroquia.

4) Comulga al menos una vez al año para cumplir con la Iglesia. El tiempo de cumplimiento es Pascua de Resurrección.

Comulgar es recibir a Cristo; unirnos al Amor, la Omnipotencia, la Vida. Pero comulga bien con el deseo de imitar mejor a Cristo.

5) Comulga con frecuencia. No necesitas confesarte cada vez. Basta con que estés en gracia de Dios.

Comulga especialmente los primeros Viernes en honor del Sagrado Corazón. Recuerda su promesa de perseverancia final a los que practiquen esta devoción.

6) El matrimonio cristiano es el único legítimo y verdadero. El que no está casado por la Iglesia vive mal. No hay otra unión verdadera fuera de ésta.

Los hijos son un don de Dios. El evitarlos, a más de ser gravísimo pecado, indica falta de patriotismo. Hay que bautizar, cuanto antes, todos los hijos que Dios manda, enseñarles pronto la doctrina y oraciones y darles el ejemplo santo de una familia buena, trabajadora y patriota.

7) Debes conocer bien tus convicciones cristianas para practicarlas y defenderlas. Lee y escucha. Hay un libro que estudiar y una predicación que oír: el Libro de Catecismo, la Predicación del sacerdote.

Todo buen católico debe tener su Evangelio y su Catecismo.

Los Domingos te ofrecerán para tu lectura el periódico diocesano "Vida". Léelo para instruirte en tu fe.

8) Cuida tu fe católica. Dos enemigos principales la atacan hoy día. El comunismo y las sectas llamadas "evangélicas". No se puede ser comunista y católico. El comunismo ateo niega a Dios y está condenado por el Papa.

Los llamados "evangélicos" predicán la Biblia y hablan de Cristo. No tienen autoridad para ello. Cristo confió a la Iglesia la enseñanza de la verdad y sólo hay una Iglesia fundada por El: la Católica. Fuera de esta Iglesia no hay salvación.

No oigas ni tengas amistad con los enemigos de tu Fe.

No leas jamás un mal libro; envenena tu alma. El mal diario y la mala revista no deben jamás estar en manos de un católico.

9) Ama a tu Iglesia. La Iglesia dirige tu alma hacia el bien por medio de su jerarquía (autoridades): el Papa, los Obispos, los Párrocos.

Ama al Santo Padre que es el Vicario de Cristo en la tierra. Ama a tu Obispo que es el sucesor de los Apóstoles, la primera autoridad religiosa de la Diócesis y el centro de unidad espiritual en ella.

Ama a tu párroco que es el encargado de dirigir de cerca tu alma a Dios.

Ayuda a tu parroquia como puedas: con tu asistencia, tu actividad, tu contribución.

Debes formar parte de la Acción Católica. No puede haber católicos inactivos. Tu parroquia espera esa cooperación tuya.

Debes pagar el "dinero del culto". Es tu contribución religiosa. Es el cumplimiento del quinto mandamiento de la Iglesia, que obliga en conciencia gravemente.

Ten amor a tu Iglesia Catedral. Es el primer templo de la Diócesis. Ayuda a reconstruirla.

10) Alimenta tu alma con la oración. "El que ora se salva, el que no ora, se pierde". Sé devoto del Corazón de Jesús; entronizado en tu hogar; de Nuestra Madre la Virgen Santísima del Carmen, Reina de Chile y Patrona de sus Ejércitos; lleva su escapulario; de San José, de tus Santos Protectores, del Ángel de tu Guarda. Rézales e imítalos.

Reza diariamente el Santo Rosario. Te defenderá de los peligros y te atraerá abundantes gracias del cielo.

En toda familia cristiana debe rezarse en común el Santo Rosario. No olvides en la mañana, a mediodía y en la tarde, el rezo del "Angelus".

11) La fe es como un sol; por el ejemplo y la actividad debemos irradiarla. No te avergüences de ella. El que por respeto humano deja de practicarla es un cobarde. Defiéndela siempre. Acuérdate que por la Confirmación fuiste hecho soldado de Cristo. Propaga tu fe. Sé tú fervoroso apóstol de Cristo.

12) Ama a tu patria. Chile merece todo nuestro amor. Ama a su bandera y defiéndela. Venera a sus héroes y las grandes figuras de su historia.

El odio de clases es antipatriótico.

La justicia social y el amor fraterno son la base del progreso de nuestra patria. La verdadera justicia y el verdadero amor lo enseña la Iglesia Católica en sus doctrinas sociales. Pónlas en práctica.

El alma de la patria es su fe católica. Atacarla es dañar a la patria. Afírmala es engrandecerla.

El católico debe ser el mejor ciudadano.

Estos son los consejos de tu Obispo, que debe cuidar tu alma. Por eso te habla así, con afecto y sencillez paternal. Diariamente tu Obispo pide al Señor por tí para que viviendo tu fe, tengas la paz en la tierra y la gloria en el cielo, y para esto te bendice de corazón.

LA DEVOCION FUNDAMENTAL DEL CRISTIANO: LA SMA. TRINIDAD (1)

Es la devoción al *ESTADO DE GRACIA*, o mejor:

LA DEVOCION A LA SANTISIMA TRINIDAD QUE HABITA EN NUESTRAS ALMAS EN ESTADO DE GRACIA.

"¿Tú vieses la belleza de un alma en estado de gracia, decía un día Nuestro Señor a Santa Teresa, tu cuerpo se destrozaría como un vaso de arcilla, al no poder contener el gozo del cual sería inundado todo tu ser".

— ¿De dónde viene esta belleza?

— Viene de que por medio de la *gracia santificante* Dios vive en nosotros, *la Santísima Trinidad enteramente habita en nuestra alma*, constituyéndonos de esta manera, en un verdadero "tabernáculo" (San Pablo), "verdadero cielo" en miniatura (San Agustín), "otro Cristo".

Todo cristiano, todo bautizado sabe esto, lo cual no es una exageración o una imagen, sino *UNA REALIDAD*.

Dios está obligatoriamente presente en todos los seres, de otra manera no existirían. Pero esta presencia, necesaria para darles a ellos el ser, no les comunica la posesión sobrenatural de su ser en El. Esta es la gran diferencia con la presencia enteramente de amor de Dios por medio de la gracia.

I. ¿Cuándo viene Dios a habitar en nosotros con esa presencia de elección que resulta de la gracia santificante?

— En el momento de nuestro *Bautismo* cuando el sacerdote nos hizo cristianos. Cuán expresivas son las palabras que dijo al demonio, causa de la decadencia original: ¡Sal de este niño, espíritu inmundo, y deja el puesto al Espíritu Santo!

La devoción al estado de gracia, es la devoción a nuestro *Bautismo*.

II. ¿Puede suceder que Dios deje de habitar en un alma?

Evidentemente que sí. Esto sucede el día en que esta alma consiente en el pecado mortal. En ese día ella dice, tal vez no de palabra, pero sí de hecho: "*Sal de mí, Espíritu Santo. Deja el lugar, en mí, al espíritu inmundo*".

(1) Título original: *La devoción fundamental del cristiano*. Manuscrito.

Y de este modo echa por tierra y se arrepiente:

1º de la promesa de su *Bautismo*.

2º del compromiso de honor de su *Primera Comunión*. En lugar del "*Renuncio a satanás y me uno a Jesucristo*", —dice, de una manera semejante: "*Renuncio a Jesucristo. Y tomo por señor a satanás*".

¡Qué profanación respecto al Espíritu Santo! ¡respecto a la Trinidad entera! (Porque como sabemos, donde habita el Espíritu Santo, ahí habitan también el Padre y el Hijo que son inseparables).

¡Qué traición a nuestro Señor, con quien uno, y cuán solemnemente, ha empeñado su palabra!

Es preciso agregar: ¡Qué odiosa ingratitud! — Dios, al crearnos, nos dio además de lo que nos constituía en creatura humana, una participación maravillosa de su vida en El, y de este modo nos hizo incomparablemente superiores a nuestra propia naturaleza, capaces de hacer actos no solamente humanos, sino que, también "divinos" (cuyo pleno sentido se ve en la palabra Gracia), actos que tienen el mérito de ser recompensados con la visión "cara a cara" de Dios, en el cielo (visión beatífica).

¿Qué hizo Adán en quien Dios había puesto, *a fin de que nos transmitiera, todos esos tesoros sobrenaturales?*

—Adán desobedeció: lo cual constituye el pecado original.

Quedando así, perdida en lo futuro la vida de Dios en nosotros. El hombre está reducido a no ser más que lo que es *por naturaleza*; es decir, una creatura que posee una vida *humana*, *no teniendo más la vida divina*, añadida por Dios bajo la condición expresa de una completa fidelidad.

Ahí tenéis la vida sobrenatural *dada*.

Ahí tenéis la vida sobrenatural *perdida*.

Y he aquí, la vida sobrenatural *dada de nuevo*.

¡A qué precio lo va a ser!... El Hijo de Dios a fin de rehacernos "divinos", a fin de volvernos a dar esta vida de la Trinidad Santa en nuestras almas, decide venir El mismo a la tierra. El pesebre, la Cruz, la Virgen, la Iglesia, los Sacramentos, todo eso no tiene sino un objeto: hacer revivir en nosotros la vida divina perdida por el pecado original. "*Si alguno me ama, vendremos a él y haremos en El nuestra morada*" (2). El Verbo no vino a la tierra sino para eso, para que su Padre y El, en compañía del Espíritu Santo, pudiesen nuevamente venir a morar en nuestras almas.

III. Conclusiones

1) Comprender todo lo que yo debo a Jesús. Aprender, a la vista de su sangre, el precio de mi vida sobrenatural.

2) Jamás permanecer sin vida divina en mí. Si por desgracia el pecado mortal viniese a echar de mi alma a Dios, acordarme que el sacramento de la Penitencia, fue instituido por Nuestro Señor justamente para expulsar de nuevo al demonio y rehacerme "divino". Vivir sin el estado de gracia es vivir "muerto".

(2) Jn. 14, 23.

3) No contentarme con no echar fuera de mí a Dios, sino vivir con El, en mí, donde El reside. En los 1.440 minutos que componen un día. ¿Cuántos tengo reservados para ir a encontrar a Dios en el fondo de mí, para adorarlo y escucharlo?

4) Pero si Dios está en mí, ¿cómo habrá aún, en mí, lugar para mí? "*Es preciso que El crezca y que yo disminuya*", decía San Juan Bautista. Tender a destruir todo lo que podría impedir en mí la presencia de Dios, la acción de Dios, el Reino de Dios. Por consiguiente:

—*Comprensión* de mi bautismo.

—*Odio fundado* al pecado mortal.

—*Recogimiento y fidelidad* a los llamados interiores de Dios.

—*Generosidad* en el sacrificio.

Aquí tenéis, pues, la verdadera devoción al estado de gracia.

Esta doctrina desarrollada se encontrará en "*Dios en nosotros*". "Como orar siempre" y "Vivir con Dios" del P. Raúl Plus S. J. Ver también "*Bautismo y Confirmación*".

—::—

EL PUDOR DEL CRISTIANO Y LOS MEDIOCRES (1) (27 - X - 1952)

La empresa encargada de exhibir entre nosotros "La Ronda", en propaganda que no se compadece con el respeto que merecen las ideas ajenas, califica de "mediocres" a los que no asistan a verla.

Si mediocridad es para los autores del aviso sinónimo de moralidad, deseo que seamos muchos los que merezcamos ese calificativo.

No tienen derecho los propagandistas de "La Ronda" a usar ese lenguaje. No tienen derecho de calificar de "mediocres" a los que a la luz de la moral cristiana reprueban la corrupción y el vicio. No tienen derecho a llamar "mediocres" a los que en defensa de sagrados principios condenamos la exhibición de esa película. No tienen derecho de llamar "mediocres" a los padres de familia que en defensa de la delicadeza de sus hijos les prohíben asistir.

(Continúa pág. 30)

(1) D.M., p. 3. Título original: *Los mediocres*.

EL IDEAL DEL CRISTIANO

Hay en el fondo de todo ideal verdadero un sentido de algo que hay que salvar. El jefe es siempre un salvador.

La juventud universitaria viene a algo más que alcanzar un título profesional con que triunfar en la vida. Viene a vivir un ideal que se encarna en la misión que se le ha confiado.

Ante los hombres de esta generación cualquiera sea su edad o situación tienen ante sí un imperativo urgente y sagrado; el establecimiento de un auténtico orden social cristiano.

Y en esa tarea al intelectual meta y decidido que como a tal le corresponde. Cabe.

En primer lugar ~~la comprensión~~ ^{la comprensión} de la tarea que se le ha confiado.

El universitario es ~~pasapaseo~~ ^{pasapaseo} en la sociedad, un jefe ~~pasapaseo~~ ^{pasapaseo} en la sociedad.

La primera condición del jefe es poseer un ideal vivo y radiante.

Un ideal no está hecho de vaguedades ni de gistas; es un conjunto de ideas dominadas por una central que se ofrece como solución de un problema concreto.

Hay una moral cristiana que tiene sus raíces en el corazón mismo del hombre, que fue proclamada por Cristo en su Evangelio y que, a través de veinte siglos ha tratado y seguirá tratando que el espíritu prime sobre la materia, la razón sobre el instinto, el hombre sobre la bestia, la ley eterna de Dios sobre la ley de la selva.

Los que aceptamos esa moral tenemos derecho a ser respetados y no merecemos que se nos regale con el calificativo de "mediocres".

El aviso en cuestión es un triste índice del nivel a que vamos cayendo. No basta con exhibir una película abiertamente indecente. No basta con dar un espectáculo que ni el arte ni la literatura justifican. No basta con pasar sobre la reprobación de tantos espíritus rectos venidos de todos los sectores ideológicos, es necesario injuriar con el calificativo de "mediocres" a los que no ensalzan la bajeza que esa película glorifica y no quieren asistir a su exhibición.

Así nos acercamos al abismo moral con que un autor del siglo V pinta al paganismo agonizante: "había vergüenza de no ser desvergonzado".

Lamento tener que escribir estas líneas. Pero habría faltado a mi deber si no expreso públicamente mi reprobación al hecho de querer exhibir entre nosotros una película que nada justifica y a la forma de hacer su pagando en la cual se hiere a la moral cristiana y se injuria a los que la profesan.

— :: —

EL PUDOR DEL CRISTIANO Y LA CORRUPCION MORAL ¡BASTA! (1) (24 - X - 1954)

Dudaba en escribir estas líneas.

De una parte sentía el ánimo entristecido viendo la ola de fango que avanza sobre Chile. De otra... por qué no decirlo, temía escribirlas, sabiendo por propia experiencia cuán duro es proclamar los fueros de la verdad y de la justicia. Pero, un hecho aparentemente sencillo me hizo salir de mi tímida perplejidad.

Recibí ayer una visita. Era un hombre modesto, padre de cinco hijos menores de 14 años. Sin mayores preámbulos comenzó su conversación con esta frase: "Vengo, señor Obispo, a que me defienda". Y antes de que le

(1) Título original: *El pudor y la corrupción moral: ¡Basta!*

preguntara quién era el agresor, continuó: "Muchos padres de familia vivimos sólo para nuestros hijos. La dura lucha económica no nos sería tan pesada y difícil, si no hubiéramos de sufrir la otra, la lucha por evitar la corrupción de nuestros hijos. Señor Obispo, estamos solos. Los cines pasan en sus matinées lo que quieren, y cuando dan algo apropiado lo manchan con sus famosas sinopsis. Muchas empresas distribuyen calendarios que son una indecencia y ellos se exhiben en tiendas, almacenes, oficinas públicas y privadas. Los kioscos exhiben lo peor de los diarios y periódicos. Hace tres días, me añadió, a la salida de una escuela unos cincuenta niños menores de 10 años contemplaban los grabados pornográficos que publica el diario oficial del Gobierno. Y así de lo demás. "¿Qué hacer?", me preguntaba, con sus ojos empapados por las lágrimas.

¿Cómo se lucha en estas condiciones? ¿Cómo se educa una familia tal como uno quiere educarla? Y terminó con la frase con que había comenzado: "Vengo, señor Obispo, a que nos defienda. A los padres que queremos educar limpiamente a nuestros hijos. A esos niños que tienen derecho a que no se manche en forma brutal la pureza de sus almas".

Guardé silencio largo rato. Sentía bullir en mi pecho toda la amargura del chileno que ve la decadencia moral de su patria amada, y toda la angustia del sacerdote que ve en peligro el destino eterno de tantos seres.

Con voz un poco alterada, quizá por la emoción, pena e indignación, le respondí lo siguiente:

—Mi amigo, no le oculto que lo que me pide es difícil. Nos hallamos ante la terrible conspiración de la maldad, de la hipocresía, de la irresponsabilidad y de la cobardía. Nadie que piense cinco minutos puede dejar de ver que por este camino estamos destruyendo en su raíz las reservas morales de la patria. Pero nadie "quiere" ver. Y esos son, según el proverbio, los peores ciegos.

Se dictan leyes de sanidad para evitar la propagación de las infecciones en los hombres, los animales y las plantas. Pero... la niñez de Chile, parece que para muchos valiera menos que eso. Y mientras en la aduana me retiraron hace años dos espigas que traía de recuerdo de un Congreso Eucarístico porque podrían infectar todo el trigo de Chile (¡terribles espigas!) los aviones traen al país a exhibir en nombre de Francia, lo que jamás podría representar a ese noble y espiritual país.

Cualquiera justa reivindicación social, suena en oídos de muchos como terrible petición subversiva... Y en cambio, los diarios de todas las tendencias publican avisos que con figuras y títulos envuelven la peor incitación al mal.

Si un sacerdote ampara lo primero, hay escándalo, y si el mismo sacerdote condena lo segundo, también hay escándalo. Hasta ese grado ha llegado el extravío de los criterios.

"Hay que defender la democracia", oigo decir. Y, pregunto, ¿puede existir una democracia sin espíritu, vale decir, sin moral?

"Hay que defender el orden social amenazado", escucho por otras partes. Y vuelvo a preguntarme, ¿cómo nos dice la historia que la desintegración social de los pueblos es fruto necesario y fatal de su desintegración moral? Los pueblos no perecen por fuera sino por dentro. Cuando un pueblo está internamente carcomido, cualquiera le da el golpe final y decisivo.

Pero, mi amigo ¿por qué le hablo estas cosas? Dice el proverbio latino que no hay que añadir aflicción a los afligidos. No es mi ánimo contristarlos más, sino decirle que el problema es grave porque todos conspiran a hacerlo grave. Porque la hipocresía ambiente tiende a disimularlo. ¿Por qué nadie puede tomar la responsabilidad de una tarea ingrata? ¿Por qué creemos que cambiándole nombre a las cosas y diciendo: "criterio amplio, sentido artístico, espíritu moderno", etc., vamos a dejar que la inmoralidad y la corrupción dejen de serlo?

Pero usted vino a pedirme defienda a sus hijos y lo haré, aunque me cueste toda clase de incomprensiones y ataques.

Hoy empiezo esa campaña. No sé si tendré por protector a San Juan Bautista, que predicó en el desierto. Pero hablaré. Como chileno que amo apasionadamente a mi patria y como Obispo que amo con inmensa caridad a las almas.

Hablaré. Y hablaré primero a ustedes los padres de familia, las primeras víctimas... y los primeros responsables. Hablaré a los católicos fáciles, que creen que su religión se cumple con una oración dicha a medias. Hablaré a todos los que se inquietan por la crisis moral, que es la peor de las crisis. Hablaré con claridad y con firmeza, para decir una sola palabra que hoy comienzo a repetirla:

¡Basta!

Basta de envenenar a un pueblo. Basta de callar culpablemente la verdad. Basta de no llamar las cosas por su nombre. Basta de la complicidad del silencio. Basta de arrebatarse a la patria su mayor tesoro, y su más grande esperanza: el patriotismo moral y la pureza de su niñez.

¡Basta!

—:::—

LA PUREZA DEL JOVEN CRISTIANO (1) (1934)

Las cortas páginas de este folleto tienen un antecedente que las explican.

El directorio de la Liga de Damas Chilenas acordó dar una explicación detallada de cada una de las conclusiones de la Pastoral Colectiva del Episcopado de Noviembre de 1931 sobre las costumbres, a fin de divulgar más las luminosas enseñanzas que ese documento encierra.

(1) Santiago: Ed. Progreso, 50 p. Título original: *Pureza y juventud*. Reeditado en Imp. Sn. Francisco, en 1946.

Me correspondió tratar sobre las seis primeras conclusiones en las cuales se establece el problema de la pureza, en su teoría y líneas generales.

Bajo la presidencia del Excmo. señor Arzobispo que se dignó aprobar y bendecir lo expuesto en esa conferencia, se desarrolló el tema indicado, en el cual sin entrar a fondo de los problemas existentes alrededor de la pureza, lo que el tiempo y la prudencia impedían, se trató de establecer la tradicional doctrina católica en esta materia.

Numerosas personas, tanto de Santiago como de Concepción, ante las cuales también fue dada en el retiro a la Acción Católica de 31 de Diciembre de 1932, me hicieron ver la conveniencia que estas enseñanzas se divulgaran, rogándome hiciera imprimir la conferencia.

Convencido que todo aporte que se preste para detener la ola de atroz corrupción que nos invade no debe omitirse, he impreso, extendiéndome en algunos puntos y corrigiendo otros, la Conferencia que en meses pasados dicté.

He tratado de exponer sencillamente lo que la moral católica enseña en este punto, siguiendo, además de los tratadistas de teología moral, las interesantes obras sobre esta materia de Hoornaert, Olgiati, Gibergues y las por muchos motivos apreciable de W. Foerster, que aunque protestante, en doctrina en este punto no difiere de la tradicional católica.

Escrita especialmente para las madres y jóvenes, desearía que su lectura —y así le pido al Corazón Divino de Jesús— las hiciera comprender la responsabilidad que pasa sobre ellas, en el sentido de defenderse de los asaltos continuos contra la pureza cristiana que cada día se presentan con mayor violencia y hacer que esa virtud impere en las costumbres privadas y sociales, como único medio de rehabilitar nuestra nación.

A mi Madre celestial, fuente de angélica pureza, consagro estas páginas destinadas a hacer amar la virtud que Ella tanto amó; a mi madre de la tierra también las dedico para que en el hecho de asociar su nombre al de María vea la expresión de mi inmensa gratitud y filial cariño.

EL PROBLEMA

Diffícil, sin duda, es el hablar de la materia que sirve de tema a este trabajo. De una parte se exige la sinceridad y franqueza grandes, necesarias para señalar los graves males morales que nos afligen, de otra se requiere la delicadeza especial para referirse a aquellas materias que al decir del Apóstol “*nec nominentur in vobis*” (2); y en el conflicto que para comenzar se presenta, ofrécese como una solución el narrar el contenido de un hermoso soneto.

Una poetisa nacida en la mística tierra de Umbría, que guarda frescas las huellas y el espíritu del serafín de Asís, María Alinda Bonacci, canta en delicadas estrofas la historia de una humilde gota de agua:

(2) tr.: “ni siquiera sean nombradas entre vosotros”. *Ef.* 5, 3.

“Era transparente primero, en su pureza, era límpido cristal donde se reflejaba el cielo, mas un día la gota cayó a tierra y mezclada con el polvo del camino se convirtió en fango; sin embargo desde su abatimiento esperaba el rayo de sol que penetrando en la charca la regenerara elevándola a la nube de donde en hora triste cayera”.

El alma humana es semejante a la gota de agua cantada por la humilde poetisa de Umbría. Cuando en su inocencia feliz posee la pureza, refleja en su hermosura el esplendor de Dios. Después cae a tierra, se enfanga, pierde su belleza, el pie del caminante la pisotea, se ha mezclado con el polvo, es sucio lodo.

Pero si el rayo del sol divino besa la podrida charca, la gota de agua regenerada a su calor, se eleva nuevamente al cielo.

El problema de la pureza que debemos tratar se presenta bajo este aspecto. Nos encontramos ante tal cúmulo de conciencias destruidas, ante tal ambiente de sensualidad, ante tal desborde de pasiones que pretender atacar cada una de estas causas aparece casi como tarea sobrehumana. No hay sino un medio, hacer caer el rayo de sol del ideal divino sobre ese lodazal en que nos debatimos hoy, mostrar no tanto las consecuencias de la pérdida de las costumbres como las bellezas de la pureza cristiana, señalar no tan sólo los efectos del mal, sino sobre todo, la esencia misma del problema que nos **preocupa**, para que al calor de ese rayo de pureza brotado del corazón de Cristo, las almas evaporándose del lodo suban a la altura de su dignidad sublime de hijos de Dios, creados a su imagen, regenerados por su sangre, alimentados por su vida.

Así lo comprendió el Episcopado chileno cuando en su admirable Pastoral Colectiva sobre las costumbres, de 21 de Noviembre del año 1931, antes de entrar a señalar las causas principales del mal, puso como base primera tanto en el texto del documento citado, cuanto en sus conclusiones, el concepto y el ideal de pureza cristiana y las fuentes sobrenaturales donde esa virtud se alimenta.

El objeto de este trabajo no es otro que comentar esas conclusiones, señalando sus principales enseñanzas y las deducciones prácticas que de ellas se desprenden.

Dice así:

1 “La pureza de costumbres, que es la victoria del espíritu contra las inclinaciones y apetitos sensuales, no se puede alcanzar sino mediante las enseñanzas, normas y auxilio de la fe cristiana.

2) El cuerpo humano, formado por Dios, santificado por los Sacramentos y convertido por la gracia divina en el Templo del Espíritu Santo, merece gran respeto; los cuidados, ejercicios e higiene corporal, son buenos, siempre que no causen detrimento al alma. El culto exagerado del cuerpo ha sido siempre señal de decadencia y de corrupción.

3) Dios estableció perfecta armonía entre el alma y el cuerpo en virtud de la cual estaba éste en todo sometido a aquélla; el pecado original rompió esa armonía e introdujo la oposición y lucha entre ambos elementos. El triunfo del espíritu es la pureza; el triunfo de la carne, la corrupción.

4) Los apetitos e inclinaciones sensuales, cuando no se los refrena, degradan el espíritu, extinguen las aspiraciones nobles, envilecen el carácter y destruyen la salud y la vida del cuerpo.

5) Como defensa de la pureza, puso Dios en el corazón el noble sentimiento del pudor, que huye de todo lo vergonzoso, e inspira el recato y la modestia en el trato con los demás. Todo lo que tiende a destruir el pudor es contrario a la moralidad.

* * *

Las conclusiones leídas nos presentan en primer lugar el problema de la pureza en las costumbres consideradas en sí misma, bajo tres aspectos de vital importancia.

I. VOLUNTAD

Es primeramente un problema de fuerza de voluntad; "Victoria del espíritu contra las inclinaciones y apetitos sensuales", lo define la Pastoral Colectiva (3) en su primera conclusión, "lucha entre el espíritu y la materia" lo llama el lenguaje tradicional cristiano, "combate entre el hombre viejo y el nuevo" (4) lo designa San Pablo, y en el fondo de estas denominaciones diversas se oculta un mismo problema: saber si el alma debe ser esclava del cuerpo, si el espíritu debe ceder ante la carne, si la razón debe declararse vencida ante el instinto brutal.

"El reino de los cielos padece violencia dijo Nuestro Señor, y los que se hacen a sí mismo violencia, son los que lo alcanzan" (5).

La pureza en las costumbres exige esfuerzo ya que como consecuencia del pecado original existe en el hombre la inclinación violenta al mal, el desorden entre las pasiones y su voluntad, el choque de dos corrientes, una divina que lo levanta al cielo, y otra sensual que lo inclina hacia la tierra.

Conservar o reconquistar la pureza significa siempre una lucha maravillosa que se desarrolla en la intimidad profunda del corazón y que trae como resultado la formación de la voluntad, del carácter, de la propia personalidad.

Quien no sabe o no quiere luchar, quien repite la cobarde palabra "imposible" es un vil con alma de esclavo incapaz de librarse de las cadenas, que no por tener apariencias seductoras dejan de ser cadenas de servidumbre ignominiosa.

Quien prefiere más bien dejarse arrastrar por el ambiente sensual que nos invade en vez de reaccionar activamente contra él, será siempre la persona desprovista de carácter, sin fuerza alguna de voluntad que gira a diestra y siniestra llevada por todas las corrientes del momento, que jamás puede producir una obra seria ya que ni siquiera ha podido formar su propia personalidad.

Aún cuando es duro el criticar, aún cuando no debe ofenderse a la mujer "ni con el pétalo de una rosa", como dijo el poeta indio, no se puede me-

(3) *Sobre las costumbres*, 21 - XI - 1931.

(4) Cf. *Ef.* 4, 22 - 24.

(5) *Mt.* 11, 12.

nos de señalar un mal que espanta si se consideran sus consecuencias; la triste, la pobre, por no decir la ninguna personalidad de tantas niñas y señoras de la actual generación cuyo ideal de vida no parece superior al del dorado canario que bate sus alas contra los hermosos hierros de su jaula, lanza algunos trinos y muere, sin dejar en la vida más que este recuerdo de su personalidad.

No sin impresión traigo a mi memoria el epitafio grabado sobre la tumba de un actor del paganismo romano:

"Bis saltavit, et placuit" (6), y nada más; toda su vida se encerraba en esas líneas, toda su personalidad se reflejaba en ese fúnebre epitafio.

De tantas vidas inútiles y vacías, de tantas personalidades trágicas en su inmensa pobreza ¿qué elogio mayor puede hacerse a su muerte sino el epitafio del actor pagano? ¡Bailó, paseó, gustó mucho, y murió!

Cuando se conoce la vida de gran número de niñas, que se forman únicamente pensando en el paseo con fulano, la última película, y el próximo "dinuer" las que por matar el tiempo se pasan las horas de invierno en el bridge y las horas de verano en el casino, uno se pregunta espantado ¿qué personalidad puede formarse en esa escuela que tiene por norma huir del sacrificio? ¿Qué saldrá de esa educación? ¿Una mujer que sepa luchar frente a frente con la vida o una mariposa que irá a quemarse las alas en la primera luz que se presente a sus ojos? Y cuando se las compara con esos tipos de mujeres heroicas que para honra de su sexo y de nuestra patria, todos hemos conocido, las que sabían hacer frente al infortunio y mirar la vida como una escuela de deber, las que se iban de la tierra cargadas con sus obras y con las bendiciones de los que de ellas recibieron el bien, cuando se compara esas personalidades potentes en su feminidad con estas de hoy día cuyo único lema es pasarlo bien, sin querer se tiembla por el porvenir de una sociedad que descansa sobre tan débiles fundamentos y como un refugio se vuelven los ojos a aquellas madres que con su ejemplo nos enseñaron a formar la voluntad en el sacrificio, a templar el carácter en el cumplimiento del deber, a modelar nuestra personalidad en el vencimiento y moderación de las pasiones.

El problema de la pureza es un problema en primer lugar de fuerza de voluntad, se ha dicho, y es necesario insistir en este concepto.

"La depravación creciente de nuestra época, ha escrito un hombre de tanta autoridad en estas materias como W. Foester, es un síntoma que debe hacernos constatar con temor hasta dónde puede ir la sociedad humana, cuando abandona el cultivo de la voluntad y de la conciencia".

Sí es cierto que la moral cristiana se caracteriza por el amor a Dios que es su esencia, pero no es menos cierto también que este amor se practica combatiendo. La moral cristiana, justamente porque es unión a Cristo e imitación de Cristo, implica un continuo renunciamiento a nosotros mismos y a nuestras tendencias depravadas. El que quiere vivir la vida cristiana debe comenzar por morir a sí mismo, o sea someter sus pasiones a la voluntad, la voluntad a la razón y la razón a Dios.

(6) tr.: "Bailó dos veces y agradó".

El problema de la pureza en las costumbres es un problema de fuerza de voluntad, bello en sí, pero duro de practicarse, que requiere como condición indispensable el que las madres se convenzan que esa voluntad es obra de la educación y que ella sólo se realiza en la escuela del sacrificio.

Más de alguno al leer estas líneas repetirá quizás la frase de los que escuchaban la palabra de Jesús "durus est hic sermo" (7), buena a lo más para que se practique en las austeridades de un convento pero imposible para los que vivimos en medio del mundo.

Para que se vea que la doctrina que siento no es una teoría de alto ascetismo inspirada en las austeras páginas de un San Juan de la Cruz o de algún Padre del yermo, citaré algunos testimonios de personas muy poco suspectas de tendencias religiosas.

"El único medio para llegar al dominio de sí mismo, escribe el protestante W. Foerster de la Universidad de Zurich, se encuentra en un duro y severo ejercicio. La antigua Iglesia, ha defendido siempre esta causa y el hecho que hoy día una serie de psiquiatras, neurólogos y pedagogos médicos reclamen la misma cosa debería hacer pensar a todos los adversarios de la ascesis (esta última palabra se toma aquí en sentido de ejercicio de la voluntad por el vencimiento). El Dr. Ley, por ejemplo, de la escuela de Nancy dice: "aprende a querer". El querer puede y debe aprenderse",

"y Dubois de Berna recomienda el severo método de las filosofías estoicas para hacer reconquistar al ser humano incoherente el dominio de sus nervios y sentidos. Yo sostengo que aquello que la educación griega llamaba ascesis, y que la Iglesia ha tanto desarrollado para la formación del carácter es un método indispensable para la conquista de la libertad moral y esto de un modo especial en el dominio de la vida sexual. En todos los campos creemos en la ley del ejercicio: en la formación de la inteligencia, en la enseñanza de la gimnasia o de la música; es sólo en el dominio de la voluntad donde se cree que las golondrinas caen asadas desde el cielo".

John Stuart Mill, cuyas ideas sabemos que están bien lejos de las católicas, ha escrito:

"Aquel que no se ha prohibido nunca alguna cosa lícita, ese tal no es dudoso que se permita lo que es prohibido. No dudamos que un día se llegue a exhortar sistemáticamente a la juventud a la ascesis, y en el cual se le enseñe de nuevo como en la antigüedad a vencer sus deseos, a luchar contra los peligros, y a soportar sufrimientos voluntarios. Y esto como simple ejercicio educativo".

El profesor de Zurich, W. Foerster, cuya alta autoridad citábamos, añade en otra de sus obras:

"Si queremos prepararnos a la vida, a la acción, dice, y no derrochar nuestra juventud y nuestra existencia, debemos formarnos un carácter, debemos ser señores de nuestra voluntad, de otro modo en el océano del mundo y de los acontecimientos seremos una nave sin timón fluctuando en las borrascas.

(7) tr.: "es muy dura y difícil esta doctrina". Jn. 6, 60.

“Es de una importancia inmensa para el hombre en todas las profesiones y circunstancias el ser dueño de sí. Es tan importante como el aprender a caminar. Quien no sabe dominarse es como un hombre que no está seguro sobre sus piernas, y no puede saber jamás dónde llegará, porque en todo lo que hace y dice no tienen ninguna dirección precisa”.

“No basta conocer el buen camino, es necesario seguirlo, debemos adquirir mediante el ejercicio el hábito de suprimir los instintos rebeldes, el arte de ejecutar lo que se ha concebido”.

He aquí por qué, concluye Foerster es grandiosa la importancia de la gimnástica de la voluntad; ese vencimiento diario en las pequeñas cosas tiene

“...un gran valor no ya considerado en sí mismo, sino en cuanto es dirigido al dominio del propio yo, a la liberación de la esclavitud de los impulsos, de las pasiones, de los caprichos, de los nervios, de la propia y de la ajena vileza”.

Esta gimnasia de la voluntad se llama en lenguaje cristiano la virtud de la mortificación.

Señoras, yo no voy a hacer una clase de pedagogía en estos instantes, pero quisiera haceros una pregunta solamente, ¿es en esta escuela de vencimientos y abnegación donde vosotras formáis la voluntad de vuestras hijas? ¿o es en cambio en la fácil y cómoda de dejar hacer, de dejar pasar, de no contradecir a la niña, para que nunca sufra, olvidando que nunca ha sido estrategia para vencer, el mandar desarmado al soldado en medio del combate?

Vosotras os quejáis, señoras, porque comprendéis a dónde se dirigen vuestras hijas con lo que ellas llaman su libertad, pero ¿no sois vosotras acaso, las que no supisteis poner a tiempo el freno que... las detendría en su carrera? Si no educáis su voluntad al vencimiento ¿cómo os lamentáis más tarde, de que el desborde de pasiones no haya encontrado una valla donde detenerse? Señoras, os espantáis de vuestra propia obra.

Porque es obra de las madres, y de ello son responsables ante Dios el dejar que sus hijos crezcan en la molicie y en el regalo sin enseñarles jamás el vencimiento, el rodearles desde su niñez de cosas superfluas y vanas que enervan su voluntad en vez de educarlos en aquella sobriedad de vida que hace los grandes caracteres. Escuchen las madres la palabra de un fisiólogo, el Dr. Warlomont, que en la Sociedad Científica de Bruselas decía:

“la vida de lujo y de placer buscada a toda costa, tal como se practica ahora por la gente, deja al joven sin defensa contra los atractivos y seducciones que están espiando su pureza. Permitir al adolescente el verlo todo, oírlo todo, leer todo, entregarse a los placeres de la mesa, en vez de obligarlo a trabajar para que adquiriera aquella noble dureza que viene del trabajo, de la sobriedad, del sabio dominio de todos los sentidos, equivale a despertar con imperdonable ligereza, las excitaciones orgánicas y los estímulos a los cuales fatalmente sucumbirá. La gente se lamenta de que la pureza es imposible, y entretanto hacen todo lo posible para que así llegue a ser” (8).

(8) *Annales de la Société Scientifique de Bruxelles*, 1906, 1907 suplement.

Las jóvenes de hoy día dicen que aman mucho la libertad, y hacen bien porque es uno de los más grandes dones que el Creador nos ha otorgado, pero es necesario que al amar la libertad sepan que ésta no se confunde ni con la licencia, ni con el libertinaje, formas las más abyectas de la servidumbre moral, y que recuerden que sólo por la mortificación de la voluntad se alcanza “esa santa libertad de los hijos de Dios” (9) de que nos habla el Apóstol.

Sólo el alma pura conoce y gusta la grandeza de la verdadera libertad, sólo en el dominio de los bajos impulsos sexuales brilla la llama de la libertad que ilumina la vida.

“En Suiza, —escribe el pedagogo varias veces citado, Foerster, se suele conmemorar la libertad del país con grandes fuegos que se encienden en las montañas en un día de Agosto. Los llaman los fuegos de la Libertad. El que ha conquistado la libertad en la lucha contra la tiranía de los propios defectos y pasiones se reconoce desde lejos. Un fuego nuevo resplandece en sus ojos e ilumina toda su persona, el fuego de la verdadera libertad”.

II. IDEAL

Si el problema de la pureza es en primer lugar un problema de fuerza de voluntad, en segundo lugar es un problema de concepto de la dignidad cristiana y en especial de cabal idea de lo que constituye esa virtud.

Nuestras acciones no son otra cosa sino nuestras ideas traducidas en acto, la realización concreta de los pensamientos que llenan nuestra mente.

La pureza como todas las virtudes exige un pensamiento previo, un ideal que llene las inteligencias y el corazón y penetre la vida.

Que entre los paganos que no tienen la luz de la fe se desconozca el ideal verdadero de pureza no es de extrañarnos. De ellos dice la Escritura “dixentes se esse sapientes, stulti facti sunt” (10), pero que cristianos en los cuales ha resonado la voz clara del Evangelio “bienaventurados los limpios de corazón” (11), no comprendan ese ideal, antes al contrario, se inspiran en los escritos y afirmaciones de la ciencia materialista es una aberración imperdonable.

¿De qué sirve declamar contra las corrupciones de la moral, si primero no se conoce ese ideal de moral y vida cristiana en su parte positiva, si no se ha formado en la joven inteligencia el concepto del fin que hay que alcanzar, si no se ha señalado la sublime altura de la dignidad cristiana?

Porque es necesario repetirlo; la moral del Evangelio no es un código negativo de prohibiciones; es una norma positiva de vida que abarca todos los cuadros, todas las situaciones, todos los estados de la actividad humana.

(9) *Rm.* 8, 21.

(10) tr.: “Llamándose sabios son en realidad unos necios”. *Rm.* 1, 22.

(11) *Mt.* 5, 8.

Para señalar este ideal positivo sobre la pureza, la Pastoral Colectiva del Episcopado en su segunda conclusión establece este principio:

"El cuerpo humano, formado por Dios, santificado por los Sacramentos y convertido por la gracia divina en templo del Espíritu Santo, merece gran respeto; los cuidados, ejercicios e higiene corporal, son buenos siempre que no causen detrimento al alma.

El culto exagerado del cuerpo ha sido siempre señal de decadencia y corrupción" (12).

He aquí un verdadero ideal que las madres debieran gravar en sus hijos y que los hijos debieran a su vez conservar en sus almas: el respeto.

La moral cristiana se sintetiza en esta gran ley del respeto: respeto a Dios, a su nombre y a su día, respeto a la autoridad, respeto a la propiedad, respeto a la verdad, respeto a sí mismo; tal es el resumen de los diez mandamiento de la ley.

La voz de nuestros Obispos nos recuerda que la base de la pureza es ese respeto profundo al cuerpo humano, santificado por la gracia y los Sacramentos, ennoblecido por Cristo, destinado un día a resucitar glorioso del sepulcro para reinar eternamente en el cielo. Era el gran argumento de San Pablo cuando se dirigía a los de Corinto representándoles sus exravíos: "¿Qué no sabéis, acaso, les decía, que sois templos vivos y que el Espíritu Santo habita en vosotros?" (13).

Es necesario, entonces dar ideales puros, ideales nobles porque la moral cristiana jamás ha sido una colección de preceptos negativos, sino al contrario, un esfuerzo constante al bien, a la perfección, a la altura.

¿Cómo se quiere que con una simple prohibición esa joven sepa resistir a los mil halagos del mundo, si como toda norma e ideal de vida tiene la de imitar a la última "estrella" de Hollywood, o entusiasmarse del último "chansoneur" de moda, o leer la última producción de Vargas Vilá o del Caballero Audaz?

Falta la pureza en las costumbres porque faltan los grandes ideales morales en la educación, no porque la Iglesia no esté constantemente exhortando a proponerlos, sino porque la mayoría de los padres que debieran hacerlo no lo realizan.

Dadle a la joven un ideal, dadle un programa que desarrollar, una bandera que defender, un apostolado que cumplir, poned algo en esas almas hoy vacías, cuando no llenas de vanidades y yo os aseguro que obtendréis frutos de pureza de vida más que cien lamentos y mil reprensiones.

Y al hablar de este tema debo, aunque sea superficialmente, tocar un punto, a mi juicio de suma importancia para la juventud: la necesidad de formar el verdadero concepto cristiano del amor.

Si en algo existe oposición entre el cristianismo y el mundo, entre el ideal pagano y el ideal cristiano, es en este terreno. Son dos banderas que llevan escrita la misma palabra: Amor; pero palabra que tiene dos significados completamente opuestos.

(12) *Sobre las costumbres*, 21 - XI - 1931.

(13) *1 Co.*, 3, 16.

Ya lo había dicho con elocuencia genial Agustín de Hipona al comenzar su *Ciudad de Dios*:

"Dos amores crearon dos ciudades, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la una; el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la otra".

Los que forman parte de ese inmenso ejército que un autor moderno ha llamado con propiedad "la piara de Epicuro", hablan de amor, pero no aman. Esa palabra hermosa y santa queda profanada en sus labios, pues sólo sirve para encubrir el grito furioso de los sentidos.

En cambio el cristianismo habla de amor, lo santifica y sublima. Sólo el alma pura conoce la intensidad y dulzura del verdadero afecto. Ante el altar de Dios el amor cristiano se consagra, en ese sitio donde místicamente se renueva cada día el sacrificio redentor, el suspiro secreto del corazón es solemnemente bendecido, ahí el amor es mandato y llamado santo.

Si las páginas del Ritual no fueran para muchos católicos un libro sellado, ¿cómo descubrirían a través de las inspiradas oraciones de la liturgia nupcial esos puros sentimientos que la Iglesia quiere ver florecer en el corazón de sus hijos en el momento en que unen sus vidas en ese "casto conubio" que santificará eternamente su amor!

Cuando se escucha a una joven "estilo moderno" que a la caza del marido llama enamorarse, es fácil adivinar que ese amor de que habla dista mucho del ideal cristiano. Lo que ella llama amor es el encontrar un marido, venga el que viniere, para así más libremente gozar de la vida. Con el nombre santo de amor se atreve a nombrar todas las redes y lazos tendidos para que caiga el incauto, todas las abdicaciones a la más elemental dignidad y pudor, todo slos episodios hasta lograr seducir a aquél a quien mira no como el compañero fiel sobre el cual se apoyará en su vida sino únicamente como al ingenuo bajo cuya tácita complacencia se adquirirá del todo esa patente de libertad tan ansiada. Y así el sacramento que debiera ser sello perenne de amor, justamente por desconocerse el sentido santo de esta palabra, se convierte en innoble pantalla que con dificultad alcanza a disimular las torpes sensualidades que bajo ella se esconden.

Es necesario que las madres presenten a sus hijas este concepto puro y cristiano del amor; que les hagan ver el matrimonio y la familia como algo sagrado en el orden natural y como un sacramento en el orden sobrenatural, y a las que por una causa u otra no llegan al sacramento les muestren la virginidad como la meta más sublime del amor, porque si se renuncia a la familia natural es tan sólo para poseer la grande y hermosa familia de las almas.

Los conceptos de amor puro y de virginidad son fruto del cristianismo. El grado de paganismo de una sociedad se mide por el desprecio o estima que se tienen de estos conceptos.

Con razón puede escribir un autor moderno:

"Cuando los antiguos hablan de amor es necesario sustituir las más de las veces a esta palabra, sensualidad. He aquí que los filósofos antiguos parece que no encuentran palabras de suficiente severidad y desprecio para el amor. El sentimiento del amor es un sentimiento cristiano . . . Si no hu-

bieran existido vírgenes consagradas al Señor, no se habrían visto amores tan puros como los de D. Rodrigo y los de Doña Jimena" (14).

No en vano, la antigua caballería cristiana ponía en la hoja de la espada del novel caballero la divisa de sus puros amores:

"Por mi Dios, por mi patria y por mi dama", y el Santo Rey Luis IX, el Rey Caballero por excelencia, grababa en su espada de cruzado, las tres palabras que compendaban su vida:

Dios, Francia y Margarita.

Quien en una forma u otra ha vivido en contacto con la juventud sabe la fuerza que pone en sus vidas este concepto cristiano del amor una vez que ha sido comprendido.

Terminaremos esta segunda parte con una hermosa página de un sacerdote italiano dedicada a los jóvenes católicos de su patria, sobre este tema.

"El amor, dice, es la ley principal de la vida. Es la más espléndida manifestación de la potencia creadora de Dios. El amor es divino, bello, grande y sublime mientras se mantiene digno de Dios. Puede crear heroísmos como puede obrar ruinas.

"Por esto debe ser guiado y acompañado a su fin para que no se pierda. Como a la planta se cortan los retoños que creciendo a lo largo del tronco impedirían a la savia ascender hasta las ramas, así al corazón es necesario quitarle esas adherencias que le sustraen amor y le impiden llegar intacto a la meta señalada por Dios. Tened cuidado en vuestras relaciones porque fácilmente se toma por amor lo que es sensualidad.

Según una leyenda Tristán e Isolda fueron sepultados en la misma Iglesia pero separados el uno del otro. Un día de la tumba de Tristán salió una rama de hiedra y otra de la tumba de Isolda. Las ramas crecieron, crecieron hasta unirse bajo la bóveda del Santuario.

La joven que en su juventud ha conservado mortificado su amor, encontrará un día el corazón al cual la divina Providencia lo unirá bajo la bóveda del templo, al pie de los altares, consagrandolo y perpetuando por la vida y más allá de la vida los latidos de su corazón unidos a los eternos del Corazón Divino de Jesús".

Si las madres sembraran este ideal en la vida de sus hijas, si las jóvenes lo custodiaran con esmero, si ambas comprendieran que la dignidad de su sexo y su gran rol social se encuentran en ennoblecer y purificar ese amor de donde nacerá el hogar en el cual deben ser reinas, tendríamos dado un paso de enorme trascendencia para remediar los gravísimos males morales que nos afligen hoy día.

III. GRACIA

El problema de la pureza es triple y se han señalado ya dos de sus aspectos; falta el tercero, que es sin duda el de mayor importancia: es un problema de formación religiosa.

(14) Thamin: Sn. Ambrosio y la sociedad cristiana del siglo IV.

La Pastoral Colectiva del Episcopado que comentamos enseña esto claramente en su primera conclusión:

“La pureza de costumbres, que es la victoria del espíritu contra las inclinaciones y apetitos sensuales, no se puede alcanzar sino mediante las enseñanzas, normas y auxilios de la fe cristiana”.

La pureza es un triunfo de la gracia unida a la voluntad.

Pablo de Tarso sentía en su carne la ley del pecado que gritaba rebelión y en su lucha exclamaba:

“¡oh hombre infeliz! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”, y él mismo daba a continuación la respuesta:— “La gracia de Nuestro Señor Jesucristo” (15).

La batalla es dura, y sin el gran aliado, Dios, la derrota es inminente.

El P. Hoornaert en su bello libro “el combate de la pureza” que hemos varias veces citado en el curso de este trabajo, dice así:

“No permanezcas abandonado a tus propias fuerzas, o sea a tu propia debilidad.

Al lado de tu fragilidad pon el coeficiente del socorro que viene de lo alto. Haz de manera que tus defectos humanos sean reparados por un fenómeno de suplencia divina.

El hombre no es sino una caña. Pero probad un poco de introducir en esa caña una barra de acero y veréis al instante cómo la caña participa de la resistencia del acero.

Así debes poner tu débil naturaleza bajo la custodia de la potencia divina. Baña tu alma en la oración.

Los antiguos se imaginaban que un hombre bañado en el Stigio, se hacía invulnerable. Homero canta del joven Aquiles hecho invulnerable en su cuerpo, a excepción del talón por el cual la madre lo sostenía al bañarlo en el río.

Fábula del paganismo.

Realidad del cristianismo.

El hombre bañado en el río de la oración y de la gracia sacramental, resistirá a los golpes del enemigo.

Al contrario ¿Quién queda vencido en la lucha con la virtud? El imprudente que no se ha mortificado con el socorro de lo alto, que no se ha endosado la oración como coraza, o que ha descuidado poco a poco esta oración semejante al soldado que se desarma lentamente, botando una a una sus armas.

¡Sursum Corda! Arriba los corazones. Hagamos que la oración nos eleve sobre las vulgaridades humanas.

Tenemos para elevarnos dos alas: la oración y la pureza del corazón.

Sí; éste es atrevido biplano que con sus dos alas nos transporta más allá de las estrellas hasta alcanzar a Dios.

Durante la guerra, la telegrafía sin hilos ha prestado importantes servicios. Con la oración caminamos aun más rápidamente y aun más lejos, no sólo de un punto a otro del mundo, sino del mundo al Paraíso.

(15) *Rm.* 7, 24 - 25.

Las hondas herzianas son menos maravillosas que el fluido admirable que se llama la oración, la cual permanece como la incomparable telegrafía sin hilos que liga al cielo y la tierra" (16).

Pero, para esto es necesario penetrarse de la gran verdad que la religión no es un vano formulismo sino una vida, que la piedad no consiste únicamente en ir al templo en la mañana, sino en santificar las diversas acciones del día hechas con Cristo y para Cristo, que el cristianismo es como un sello grabado en nuestra alma y no se es por tanto cristiano una hora al día, o una vez a la semana, sino 24 horas al día y 7 días en la semana; en una palabra, que la fe que profesamos debe ser la suprema norma que regirá **nuestros actos**.

Cuando así se enfoca la religión en su verdadero significado y en toda su amplitud, la vida sacramental alejándose de la rutina en que muchos la colocan aparece como la inspiradora de la vida moral y fuente de todas nuestras energías espirituales. Los Sacramentos aparecen entonces en su verdadera grandeza, conductores y productores de la gracia divina tal como Cristo Nuestro Señor los instituyó. Así considerados, la confesión por ejemplo, no es posible concebirla como una simple repetición de culpas sino como un medio potente de resurrección y progreso espiritual, la Comunión se aprecia en lo que es: unión de Cristo con el alma para crecer y transformarse en El, la oración tiene un significado en la vida y así de las demás prácticas cristianas.

En resumen, es necesario vivir su fe, ya que por el Apóstol Santiago sabemos que "**fide sine operibus inanis est**" (17).

El objeto de este trabajo no es tratar del problema de la enseñanza religiosa sino tan sólo en lo que se refiere a la solución del problema de la pureza; por esto, sin extendernos en una materia que de suyo se presta para largas disertaciones, sentaremos únicamente los siguientes principios más o menos resumidos:

1) Para comprender y amar la moral cristiana es necesario basarla sobre el dogma, de otra manera tendremos aquellos sentimentalismos enfermizos que gustan de una vaga idea sobre el sermón de la montaña cuya honda doctrina por cierto no penetran, y que nada quieren oír de la Santísima Trinidad, la Encarnación o el infierno. La moral cristiana es el dogma aplicado a la vida y cuánto más hondo es el conocimiento de la verdad tanto más eficaz es la práctica de ella. "**Son los dogmas los que hacen los pueblos**", escribe de Bonald; y otro gran escritor de la época, el Conde de Maistre:

"No cesaré de decirlo como de creerlo: el hombre vale por lo que cree, es el debilitamiento de la verdad lo que trae entre los hombres el desaparecimiento de la santidad".

La moral del Evangelio, la moral sobrenatural de Cristo, nace del dogma, se inspira en el dogma, y tiene en el dogma toda su eficacia.

Ojalá comprendieran esto tantos católicos de nuestro tiempo que para su comodidad se han fabricado su moral en la cual mezclan algunas

(16) Hoormaert.

(17) tr.: "la fe sin obras es muerta". St. 2, 26.

ideas cristianas, un buen bagaje de ideas mundanas y otra dosis no pequeña de sentimentalismo para producir una moral almibarada con la cual quieren cubrir sus egoísmos y su falta de verdadero espíritu cristiano.

2) Junto con dar a la moral su verdadera base es necesario mostrar la unidad que existe entre los diversos mandamientos y preceptos morales, y el principio que los inspira y une. Así se comprenderá que no es libre un católico de aceptar unos mandamientos y rechazar otros, o de poner distinguos a los preceptos de Dios y de la Iglesia; la moral cristiana es un todo, rota una de sus partes queda también ella rota. O se acepta la moral cristiana íntegra y totalmente tal como Dios la grabó en el corazón humano y la proclamó en el Sinaí, tal como Cristo la confirmó y desarrolló en el Evangelio, tal como la Iglesia la conserva y aplica, o se la rechaza.

Entre el bien y el mal, la verdad y el error, la luz y las tinieblas no existe conciliación posible.

3) Es absolutamente indispensable señalar la unión que debe existir entre la teoría y la práctica de la moral porque en esto es donde tiene plena realización la palabra de Jesús:

“No será el que diga, Señor, Señor, el que entrará en el reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre Celestial”.

Hacer practicar el precepto que se enseña, tal es la gran ley pedagógica y el gran secreto de la moral cristiana.

Por esta razón la Iglesia constantemente señala la vida de oración y de recepción frecuente de sacramentos como uno de los medios más eficaces para conservar o reconquistar la blanca estola de la pureza.

Quisiera aunque brevemente insistir en tres de estos medios.

a) *La Santa Comunión*

Ella es “el pan de los fuertes y el vino que hace germinar las vírgenes” (18).

Las almas alimentadas con la carne del Cordero inmaculado se hacen puras a su contacto divino.

El fuego de las concupiscencias se desvanece ante el fuego sagrado de la Caridad de Cristo que se derrama en nuestras almas.

Las fuerzas se centuplican teniendo en nosotros a Aquél que es “virtus Dei” la fuerza misma de Dios.

La Eucaristía es escuela de la más alta pureza, del más completo dominio de las pasiones, de la más segura esperanza de renovación moral. ¡Cuán bien expresa este pensamiento la admirable estrofa de Santo Tomás!

O salutaris Hostia
Quae coelis pandis ostium

O Hostia de salvación
Que nos abres la puerta del cielo

(18) Zachí.

Bella premunt hostilia
Da robur, fer auxilium (19).

El enemigo nos apremia en la guerra
Danos fuerza, tráenos auxilio.

"Percussus sum ut foenum, et aruit cor meum quia oblitus sum comedere panem meum", dice el Salmista (20).

Comulgar es injertar nuestra naturaleza humana en la persona divina de Jesús, es ir a beber la vida en la fuente sublime de la vida y llevar consigo a Aquel que ama apacentarse entre lirios.

"Tú que eras un olivo selvático, nos dice S. Pablo, has sido injertado y hecho partícipe de la raíz de la savia del olivo... No eres tú quien lleva la raíz, sino la raíz te lleva a tí... Tú haz sido cortado de un olivo selvático e injertado contrariamente a tu naturaleza, en un buen olivo" (21).

He aquí lo que realiza la Santa Comunión.

b) *Junto a ella, la Confesión*

Bajo el punto de vista natural la Penitencia encierra toda una disciplina moral que sana el alma, la reconstituye y la coloca en las disposiciones más favorables para luchar contra la pasión impura.

Para desinfectar el alma del pecado hay que usar según la curiosa frase de Huysmans, "el cloro de la oración y el sublimado de los sacramentos".

Bajo el punto de vista sobrenatural la Confesión es una fuerza que levanta y sostiene, es la fuente de donde cae sobre el alma "la sangre del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo".

En ella se comprende y se llora la malicia de la culpa, en ella Cristo vuelve a repetirnos como al leproso, sanado: "Hijo, levántate, anda en paz, y no quieras ya pecar en adelante".

Si acudimos a la Confesión con las disposiciones debidas y sobre todo si tenemos un Director de conciencia, experimentaremos los efectos saludables de esta terapéutica sobrenatural establecida por Cristo en su Iglesia.

c) *La devoción a María*

En una enumeración aunque rápida de los principales medios sobrenaturales para conservar o reconquistar la fuerza no se puede dejar pasar la devoción a María.

Ella es la "madre del amor hermoso", la "reina de las Vírgenes", la creatura única concebida sin pecado. ¿Cómo no recurrir a Ella para defender nuestra pureza?

(19) Fiesta de Corpus Domini.

(20) tr.: "He sido golpeado como el heno y se secó mi corazón porque me olvidé de comer mi pan". *Sl.* 101.

(21) *Rm.* 11, 17.

Quisiera citar el testimonio de un hombre de alta ciencia pedagógica que a pesar de ser protestante rinde a la devoción a María este homenaje, W. Foerster, varias veces citado, dice en una de sus más recientes obras:

“Cuando el Cristianismo se empeñó en salvar al mundo degenerado que corría a su ruina, empleó ante todo la fuerza espiritual de la pureza virginal; pero la vida de la antigüedad moribunda parece juego de niños en comparación con la degeneración que amenaza producir la decadencia moderna. Sólo el ideal más sublime de una grandeza inmaculada puede sacarnos de ese abismo, y arrancar el alma humana a la omnipotencia del egoísmo sensual y elevarla a lo sobrenatural. Sí, la influencia de la imagen de la Virgen Inmaculada sobre la civilización humana, excede en eficacia incomparablemente a todos los recursos que la técnica moderna más perfecta dispone para dominar las fuerzas de la naturaleza”.

Si a estos testimonios se unieran los de la experiencia de cada día ¡qué argumento tan convincente se presentaría para probar cuánto puede el amor a María en la práctica de la castidad!

No hace mucho el R. P. Esch, fundador de la famosa asociación de jóvenes alemanes la “Neudeutschland”, que cuenta con miles de asociados, ha publicado bajo el título *“María y la Juventud”* los testimonios confidenciales de gran número de jóvenes, que declaran deber su pureza a la devoción a la Reina de los cielos.

Cito uno por vía de ejemplo entre los numerosos que contiene la obra.

“Como todo hombre, dice uno, experimenté en mí tendencias malas. Dominarlas me era difícil. Cada día me sentía más frío y más cerrado, cuando apareció a mi espíritu María, tan buena y dulce y comprensiva de los hombres a quienes tanto ama. Al principio mi devoción la miraba como Madre. Poco a poco fui mirándola como mi reina. Un día me pareció decirme: “Si quieres ser caballero, imita a mi Hijo”... y como las cumbres hay que tomarlas por asalto, me lancé al combate lleno de entusiasmo. Luchaba... pero caía. En estos momentos de dudas y amargo desaliento, cuando ya estaba a punto de rendirme, postrado ante su imagen parecía decirme: “Sin tentaciones y dificultades no serás santo, y menos apóstol”. Debo silenciar mis rápidos progresos. Básteme decir, que a Ella debo haber llegado a un catolicismo integral, y guardado plenamente el ideal mostrado por Ella”.

FRUTOS

Se ha mostrado, aunque ligeramente, en qué consiste el problema de la pureza, es necesario también indicar los efectos que la solución de ese problema trae en el triple orden, individual, doméstico y social.

Entre todas las crisis que azotan a nuestra época ninguna más grave que esta crisis moral. Un pueblo derrotado en la guerra puede levantarse; empobrecido económicamente, rehacerse, destruidas sus ciudades por el terremoto o incendio, reconstruirse, pero un pueblo sumergido en el fango de sus vicios no se levanta jamás.

La conclusión cuarta de la Pastoral que comentamos señala en forma concisa y elocuente los graves daños morales y físicos que la pérdida de las costumbres acarrea:

“Los apetitos e inclinaciones sensuales cuando no se se les refrena, degradan el espíritu, extinguen las aspiraciones nobles, envilecen el carácter y destruyen la salud y la vida del cuerpo” (22).

Toda renovación material debe ir precedida de una renovación moral y ésta no existe mientras no haya sido resuelto tanto para los individuos como para las familias el problema de la pureza a la luz del triple aspecto que en estas páginas hemos señalado.

Para la vida individual la solución de este problema sería la renovación íntima y profunda de cada espíritu. Sólo mediante la vida pura una persona es dueña de sí, libre con la santa libertad de los hijos de Dios; tiene un carácter, vive su fe, se posee plenamente.

En la pureza hecha ideal y vida el estudiante penetra en las ciencias (siempre fueron diosas enemigas Venus y Minerva), el joven aprende a conocer lo inmensamente serio de la vida, la futura madre y esposa se prepara a las graves responsabilidades del mañana; en una palabra, la vida adquiere ese sentido sagrado y profundo que Dios le dio al crearla y que Jesucristo ennobleció al redimirla.

Han pasado los tiempos en que se quería presentar la pureza como patrimonio de almas débiles:

“¿Débiles, diremos con el ilustre Veermesch, débil el hombre que nutre en sí ambiciones celestiales, fuerte el incapaz que no tiene valor de alzarse sobre sus sensaciones brutales?

¿Débil el victorioso, fuerte el vencedor?”

¿Débil el que en cierto modo compite en nobleza con las inteligencias angélicas, fuerte el que se envilece a sí mismo?

¿Débil el magnánimo que se olvida de sí mismo por Dios y por los hombres, fuerte el egoísta que sólo piensa en miserables gozos?

¿Débil el caballero del derecho, fuerte el esclavo de culpables deseos?

¿Débil aquel cuyas energías vitales enriquecen la sociedad humana, fuerte el empobrecido y extenuado por el vicio?

¿Débil el hombre que sabe mantener sus sagrados compromisos, fuerte el cínico e hipócrita que traiciona sus propios juramentos?

¿Débil el victorioso, fuerte el vencedor?”.

El primer fruto de la pureza en las costumbres será el producir esos caracteres fuertes, esas personalidades recias que tanta falta hacen hoy día.

Solucionemos a la luz del ideal humano y cristiano el problema de la pureza, y tendremos solucionados en germen los grandes problemas de la vida individual.

Si trascendental es la vida de pureza en la vida individual, no menos y aún de más consecuencias es para la familia.

(22) *Sobre las costumbres*, 21 - XI - 1931.

Dijo Napoleón que la educación de un hombre comienza 100 años antes de nacer y dijo bien.

La solución de los graves problemas familiares está en la debida preparación al matrimonio y ésta se realiza mediante una vida pura y una conveniente preparación en las materias con él relacionadas.

El matrimonio no es únicamente como algunos creen, el acuerdo de dos voluntades; es un acto eminentemente social cuyas consecuencias se extienden a muchas generaciones, y que sirve de eslabón en la larguísima cadena humana que une entre sí a las familias y razas en vínculo indestructible y santo.

En todo orden de cosas, profesional, administrativo o religioso se exige como condición indispensable de éxito, la preparación conveniente al cargo que se va a desempeñar. ¿Por qué sólo el matrimonio cuyas responsabilidades son tan grandes y numerosas debe quedar excluido?

La joven cristiana, que ha hecho de la pureza un ideal constante de su vida prepara y hace posible la felicidad verdadera en su futura familia.

Se habla mucho y se citan numerosos casos de matrimonios desgraciados; ¿pero se ha cuidado en averiguar qué preparación llevaban a él los esposos? ¿Qué idea se había formado ella de sus deberes de esposa y madre? ¿Qué temple para el sacrificio tenía su voluntad?

No se puede improvisar un hogar como un romance de cine.

Digámoslo francamente: la que sólo supo de "flirts" creyendo que eso era amor, la que no supo imprimir a su noviazgo ese respeto y dignidad que brotan del verdadero afecto cristiano, la que convirtió a éste en ocasión de reprobables licencias y culpables condescendencias en vez de noble escuela del matrimonio, la que en su idilio puso como modelo a la "estrella" de Hollywood en vez del puro ideal cristiano de respeto, dignidad y delicadeza, ¿qué hogar estable y dichoso podrá fundar sobre esa inconsistente base?

Sobre todo, es necesario decirlo: la idea tan extendida en Chile de que el noviazgo autoriza todo, permite a los novios (o simples pretendientes) el salir solos a cualquier parte, etc., etc., está acabando por destruir toda preparación al matrimonio, falseándola y rebajándola por completo.

Y después de esa preparación (!) si así puede llamársela, vendrá el matrimonio y después... las íntimas tragedias cuyos ecos diariamente escuchamos.

¡Qué sólida y hermosa en cambio la familia organizada en un ideal de pureza, cuyos jefes han formado sus almas en el sacrificio, cuyo noviazgo fue iluminado como una aurora por el verdadero amor cristiano que durante toda su vida brillará como astro en mediodía!

La solución de gran parte de los problemas familiares, está aquí.

Si del campo de la vida de hogar pasamos a la nacional, vemos que igualmente, el problema de la pureza está a la base de los más grandes problemas nacionales.

sin energías morales, desprovistas de personalidad, desorientadas ante los problemas que se les presentan. Se culpa de esto a las dictaduras que el país

Faltan hombres en el verdadero y noble sentido de la palabra. Las generaciones que se levantan van como aturcidas, sin solidez de convicciones, ha sufrido. Seamos sinceros; lo que siega en flor nuestras juventudes es la dictadura del vicio.

No nos hagamos ilusiones; en vano se quieren resolver los grandes problemas nacionales, si no se soluciona primero el de la pureza en las costumbres.

Abramos la historia que con razón ha sido llamada "maestra de la vida", y comprobaremos esta aserción:

La horrible catástrofe del diluvio, en medio de una gran prosperidad material, queda explicada con una corta frase del Libro Santo: "omnis caro corruperat viam suam" (23).

La Grecia fue patria de la poesía y del arte y su cetro espiritual dominó el mundo, pero al caer sus costumbres sobrias y austeras, al convertirse en maestra de obscenidad, cayeron también sobre ella las cadenas de Roma que le arrebataron su libertad y su grandeza.

Roma, la admirable República de los Catones y Cincinatos, la dueña del mundo, entre Capri y Síbari, las delicias del circo y las voluptuosidades de las termas (termas y circo, cine y piscinas, la historia no cambia), perdió su fuerza mientras de las selvas nórdicas las razas salvajes, pero puras, se desencadenaban sobre ella sometiéndola por el humo y por el fuego.

La bella República de Venecia, "la reina del Adriático", dominó los mares con su comercio e industrias, pero entre máscaras y carnavales encontró la muerte.

La corte de Versalles, fue el marco de las grandezas del "rey sol", pero trajo la revolución francesa con sus mesnadas.

La civilización de nuestro siglo creó máquinas y descubrió inventos prodigiosos, pero su espíritu materialista, su afán de goce, su impureza de vida naufragaron en el diluvio de sangre de la "Gran Guerra", donde 8 millones de cadáveres, la ruina de 4 imperios y el incendio bolchevique hablan con elocuencia muda hasta qué excesos llega la bestia humana cuando se rompe el freno de sus ataduras morales.

Conocemos las grandes cualidades de nuestra raza chilena, su pasado la hace acreedora a un gran futuro ¿por qué su decadencia actual?

Miremos el desborde de pasiones, bestializando al hombre, matando sus más puras y nobles energías, haciendo reinar por doquiera el impudor y la licencia y comprenderemos.

Sansón perdió su fuerza al entregarse en brazos de Dalila, que cortó sus cabellos.

La grandeza de la patria está en la pureza de vida de sus hijos.

* * *

¿Queremos reaccionar contra el ambiente sensual que nos mata, o preferimos seguir por el rápido torrente que nos conducirá al abismo?

¿Queremos escuchar el canto engañoso de la sirena del placer que de Scila nos conducirá a Caribdis, o como los marineros de Ulises cerraremos

(23) tr.: "Toda carne habría corrompido su camino". Gn. 6, 12.

nuestros oídos a esas voces empuñando con ardor los remos que nos conducirán a la patria deseada?

Pueda ser que estas líneas contribuyan a convencer que "son las grandes costumbres, las que hacen los grandes pueblos" (24).

(24) De Bonald.

— :: —

LA PUREZA DEL CRISTIANO Y LA PUBLICIDAD (1) (XI-1961)

Escribo estas líneas con pesar.

No hubiera deseado hacerlo. Sé que ellas me traerán incomprendiones y críticas. Pero sé que callar habría sido cobardía.

No quiero ser cómplice con mi silencio, de lo que mi conciencia rechaza.

Desde hace tiempo, veo con dolor, el anuncio más o menos frecuente de películas abiertamente inmorales en los cines de la ciudad. No las justifica ni el argumento, ni el valor artístico. Tienen una finalidad bien clara, y ésa es la que se explota. El que asiste a ellas sabe a lo que va y lo que busca.

Pero no sólo se exhiben, sino que se anuncian por medio de afiches colocados en público, a la vista de todo transeúnte, en los que se muestran escenas con frecuencia pasionales, altamente inconvenientes.

Yo siento el deber de llamar la atención seriamente sobre estos hechos.

Lo hago en mi calidad de Obispo y de chileno. Son para mí dos realidades que me imponen sagrados deberes.

(1) Título original: *Preocupación de Pastor*.

Como Obispo digo a los católicos que si son tales y quieren llevar dignamente ese nombre, deben recordar que existe una moral cristiana, basada en la ley natural, en el Evangelio y en las normas concretas de la Iglesia.

La condición de católico prohíbe ver una película abiertamente inmoral, cualquiera sea la edad o estado del espectador.

Es verdad que hay exhibiciones que no son aptas para menores y pueden verlas las personas de criterio formado. Pero esto tiene un límite. La inmoralidad no conoce edades. Faltan gravemente, desobedecen a la moral cristiana, y violan abiertamente las normas de la Iglesia, los católicos que asisten a representaciones inmorales.

El cristianismo no consiste sólo en ir a misa el domingo o rezar el Mes de María. Es aceptar y vivir la ley moral que Cristo señala a los que quieren seguirlo. El cristianismo no se impone. Es libre, respeta la conciencia de cada cual. Pero el que libremente quiere vivirlo, ha de someterse a la ley moral que el cristianismo propone. Lo demás es hacer mofa y traición a la fe que se dice profesar. Hablo como chileno que ama a su patria.

Como chileno, tengo derecho a exigir a autoridades y empresarios que respeten y hagan respetar la inocencia de los niños. Tengo derecho a protestar, como lo hago, por los afiches que con frecuencia se exhiben, y que atentan contra nuestra niñez. Tengo derecho a pedir a todos los ciudadanos que velemos por las reservas de la patria. Una juventud que se corrompe, una niñez que se marchita, es la patria futura que se debilita.

Los pueblos, como los árboles, caen más fácilmente por la polilla que los carcome que por los golpes del leñador...

Sé que estas líneas me van a merecer de más de alguno el calificativo de retrógrado, de anticuado, de incomprensivo, etc. Lo lamento, pero no me arredro.

Si el llamar al mal, mal, es ser retrógrado y anticuado, acepto el calificativo.

Si el pedir a los empresarios respeten en los avisos que colocan en público, a la niñez, es ser anticuado, también acepto el título. Seguiré creyendo siempre que guardar a una niñez pura y a una juventud sana, es hacer patria. Si para algunos, por estas líneas, paso a ser de mente estrecha, también acepto ser llamado así; creo que la amplitud tiene un límite, como el río tiene de límite su cauce, y más allá del cauce se produce la inundación...

Pido excusas por estas líneas.

No hubiera deseado escribirlas. Debo hacerlo. El Evangelio tiene una palabra durísima, que ésa sí que no quiero merecerla: "Ay de mí porque he callado".

Por eso he hablado.

EL DOLOR DEL CRISTIANO Y EL APOSTOLADO (1) (1937)

I. Pablo de Tarso con pinceladas maestras nos da en su epístola a los Romanos (2) el cuadro verdadero de la **humanidad**.

Después de mostrarnos a toda la naturaleza caída en Adán y obligada a servir a fines perversos, nos dice que la creación entera se halla en un continuo gemido y como en dolores de alumbramiento esperando ansiosamente ser libertada de la servidumbre a la corrupción para participar a la libertad y gloria de los hijos de Dios.

Entramos así de lleno en el problema del dolor.

Un inmenso gemido brota de la humanidad. Desde el vagido del niño a la lágrima temblorosa del anciano, de los sollozos entrecortados de las madres a los puños crispados del sufrimiento varonil, de las carnes laceradas por la dolencia a los corazones quebrantados por el pesar, siempre por todos los caminos va a desembocar el hombre en la ancha plaza del dolor.

Y sin embargo, el hombre sigue buscando la felicidad. Curiosa antítesis, que a primera vista semeja absurdo, y que sólo el cristianismo en una de sus vivientes paradojas va a poder solucionar. Así como la vida surge de la muerte, así la alegría debe surgir del dolor. Tal como del placer prohibido brotó el sufrimiento, del sufrimiento aceptado nacerá la redención.

El mensaje de Cristo al mundo se encierra aquí.

Sólo una religión que concibe la vida centralizada en el amor podía tener del sufrimiento esta idea. El dolor para el cristiano no es sino el camino de retorno hacia el amor.

“Ya que por el pecado, el amor, el verdadero amor, ha partido del mundo, escribe Vito Fornari (3), no nos queda otra cosa que sea tan buena y bella como el dolor. Y es bueno y bello porque es el medio, el solo medio de restaurar el amor. Mientras no haya vuelto al Amor no rechazaré el dolor”.

Tales conceptos que sobrepasan nuestra capacidad natural exigían un maestro divino; y ese Maestro fue Cristo, el varón de dolores y que conoció la enfermedad.

Del fondo de los siglos el Profeta lo anunciaba como víctima de amor que nos redime en su sufrimiento:

(1) Santiago: Ed. Progreso, 21 págs. Título original *Dolor y Apostolado*.

(2) *Rm.* 8, 22.

(3) *Della vita di Gesù Cristo* - L I C III.

"Verdaderamente él ha llevado nuestras debilidades y ha cargado sobre sí nuestros dolores; y le hemos considerado como un leproso, como un hombre golpeado por Dios y humillado".

"Y sin embargo, ha sido herido por nuestras iniquidades y triturado por nuestros delitos; el castigo que nos procura la paz cayó sobre él, y hemos sido curados en sus heridas"

"Todos nosotros habíamos errado como ovejas, cada uno se había apartado de su camino y el Señor condensó sobre El la iniquidad de todos nosotros" (4).

Tal es el plan redentor que el Profeta anuncia. Prodigalidad divina, locura de infinito amor.

Nosotros no podemos sino repetir llenos de respeto, ternura y admiración las palabras inspiradas que narran la realización en el tiempo del gran misterio del sufrimiento redentor.

"Nos amó él primero y nos envió a su Hijo, propiciación por nuestros pecados" (5).

"Eramos por naturaleza hijos de ira. Pero Dios que es rico en misericordia a causa del excesivo amor con que nos ha amado, aun cuando estábamos muertos por nuestras ofensas, nos ha hecho vivientes en Cristo" (6).

"Vivo en la fe del Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado él mismo por mí" (7).

"Nos ha amado y se ha entregado por nosotros, como una oblación y un sacrificio de agradable dolor" (8).

"Es propiciación de nuestros pecados" (9).

¿Para qué seguir enumerando los magníficos textos, expresiones todas de un amor que redime en el dolor?

La locura de la Cruz ¿no es acaso, el dogma central que predicará el Apóstol que no quiere saber otra cosa sino a Cristo y a Cristo Crucificado?

Sobre la historia del mundo se levanta una Cruz y ella divide en dos grandes corrientes su curso; en el fin de los tiempos se levantará sobre el cielo el mismo signo y él dividirá en dos grandes porciones la eternidad.

Todo, señores, se recapitula en el misterio de la Cruz. Las épocas antiguas se redimen en ella, las nuevas se vivifican a su contacto salvador.

Pero el misterio tiene profundidades inmensas, resonancias insospechables, trascendencias de humanidad.

Porque esa Cruz que un día "como ludibrio a los gentiles y escándalo a los judíos" se alzó sobre el Gólgota, ha de ser impresa en el corazón de

(4) *Is.* 53, 60.

(5) *1 Jn.* 4, 10.

(6) *Jn.* 3, 16.

(7) *Ga.* 2, 20.

(8) *Ef.* 5, 2.

(9) *1 Jn.* 2, 2.

cada cristiano: "accipe signum Crucis tam in fronte, quan in corde" (10) y cada uno en su vida ha de continuar el sufrimiento redentor.

Miembros vivientes de su místico Cuerpo del cual es la Cabeza, participamos de sus sufrimientos, colaboramos con el dolor en nuestra salvación y en la de nuestros hermanos, o sea, como dice el Apóstol, "cumplimos en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia (11).

Este misterio de la Comunión a la Pasión de Jesús que el Apóstol vivía con tanta intensidad, con una conciencia tan plena, lo enseña en cada página de sus Epístolas.

De todos modos, en cada ocasión, repite que la Cruz de Jesús, sus sufrimientos, y su muerte que nos vivifican, traen para nosotros la necesidad de ser configurados a ella. "Reinaremos con El, si sufrimos con El" (12).

Bajo cualquier aspecto que se consideren las cosas, la necesidad de sufrir con Jesús se impone.

Sin El hemos sufrido en vano. Por El, con El, nuestro dolor es fecundo. Su pasión lejos de hacer superfluos nuestros sufrimientos, los requiere como su plenitud y les comunica su eficacia.

Ponemos así, señores, las bases del Apostolado del Dolor, señalando que todo hombre tiene por el sufrimiento la misión de redimir.

"¡Qué hermoso día lucirá sobre el mundo, diremos con el P. Ramière, cuando ese plan sea comprendido, cuando todas las almas de "elite" a quien Dios ha dado esta magnífica vocación sean en el seno de la sociedad, actualmente abismada en el desorden del caos, lo que fueron en los primeros días del mundo esos gérmenes vivientes que el Verbo de Dios depositó en el seno de la materia inerte; cuando ellos pongan todas sus influencias al servicio de la vida que los ha escogido por sus órganos, atrayendo a ellos todo lo que los rodea, transformando por el calor de su celo inmoldado los elementos más refractarios, derramando de prójimo en prójimo el divino contagio del bien, y haciendo desaparecer, ante el calor fecundo de su caridad, los hielos del egoísmo y la esterilidad de un excesivamente largo invierno.

¿No será entonces una nueva creación? Si la sociedad está cubierta por un diluvio de errores y de vicios ¿acaso el Espíritu de Dios no reposa sobre ella como en los días primeros? Si él encontrara elementos, almas que comprendieran en su raíz el misterio redentor de la Cruz, ¿cómo estaría feliz de mostrar que su poder es siempre el mismo y su fecundidad no ha decaído!".

La vida cristiana está hecha de tres elementos: la acción, la oración y el sufrimiento. Cristo Nuestro Señor necesita para la salvación del mundo, almas apostólicas, almas de oración y almas víctimas. Estas últimas son las que más difícilmente se encuentran. Amamos la acción, un poco menos la oración, nada el sufrimiento y, sin embargo, de estos tres remedios, el último es sin duda el más eficaz.

(10) "Recibe el signo de la Cruz tanto en la frente como en el corazón": Liturgia del Bautismo.

(11) *Col.* 1, 24.

(12) *2 Tm.* 2, 12.

Dios ha querido tener necesidad de nuestro sufrimiento para su obra. Así el dolor no es para el hombre un potro de tortura, sino el divino taller donde se teje con el consentimiento de nuestros corazones, la trama de las voluntades de Nuestro Padre celestial.

Con razón canta el poeta francés:

“En vuestros cielos, más allá de las esferas y las nubes
En el fondo de ese azul inmóvil y durmiente
Quizás realizas cosas desconocidas
Donde el dolor del hombre entra como elemento”.

Así nos explicamos la justa reflexión de Mons. Bougaud:

“¡Cosa extraña! todas las religiones han hecho adorar la felicidad, sólo el cristianismo hizo adorar el dolor”.

¿No es verdad, señores, que cuando así se comprende el sufrimiento, cuando se penetra en su divino contenido, los labios no se abren ya para prorrumpir en la amarga blasfemia de la desesperación, sino para exclamar con el poeta de los grandes infortunios de la vida: “sicut Domino placuit ita factum est - Sit nomem Domini benedictum?” (13).

Cuando a alluz de la fe se contempla el problema del dolor, un pensamiento claro aparece: el cristiano no ha sido llamado únicamente para santificarse y salvarse a sí mismo, sino que cada uno tiene por encargo de Dios cuidado de su hermano. Quiere que sus sufrimientos sirvan para otros. Quiere ver en cada uno de sus hijos adoptivos una imagen, una extensión de la pasión de su Hijo. Quiere que los cristianos sean mediadores en dependencia y bajo la acción del Mediador único, Jesucristo.

Jesús quiere hacer colaborar misteriosamente a los suyos a la comunicación de gracias que hace a otros. Estos a su vez quedarán asociados a la difusión de dones sobrenaturales hasta que se realice la plenitud y la madurez eterna del Cristo místico.

En esta idea, señores, hay que ir a buscar uno de los secretos de la santidad. Pablo se glorifica de estar crucificado con Cristo, Andrés saluda y abraza con fervor “la buena cruz tan largamente deseada, solícitamente buscada, felizmente hallada”. Ignacio de Antioquía quiere ser molido en los dientes de los leones para llegar a ser el buen pan de Cristo, Francisco de Asís lleva los estigmas sobre su carne inmolada y con su tosca cuerda logra atar esa Edad Media “enorme y delicada” a la Cruz del Redentor.

Los grandes místicos de nuestra España cristiana, no enseñarán otra ciencia, y Teresa de Avila, Juan de la Cruz y Juan de Avila, Granada y Domingo de Guzmán nos hablarán de esa “llama de amor viva” que forja las almas y los pueblos al calor de los leños del madero salvador.

La palabra de la Epístola a los Hebreos “sin efusión de sangre no hay redención” seguirá siendo a través de los santos, la lección perenne que dirá al mundo dónde se encierra la gran fuerza de pasión de la Iglesia de Jesús.

(13) tr.: “Como al Señor le place, así sea hecho. Que el Nombre de Dios sea bendito”: *Job. 1, 21.*

Lo que los santos han proclamado, también en su intuición poética lo han comprendido los escritores profanos. Sirva esta bella página de Amado Nervo para terminar esta parte:

“¡El dolor! Tenemos un miedo indecible al dolor, y estamos muy lejos de exclamar como Margarita Alacocque: “Il n’y a que la douleur qui me rend la vie supportable” (14) o como Santa Teresa: “padecer o morir”.

“Y, sin embargo, el dolor es la razón esencial de la vida, y el conocimiento sólo se adquiere por medio del Dolor.

No podemos imaginar siquiera un mundo sin dolor. Tendríamos que suprimir en ese mundo la belleza, la elevación del alma, el Amor!... todo lo que aquilata y ennoblece los instantes...

Sólo el dolor crea; y es mil veces preferible su fecundidad todopoderosa que sostiene los mundos, a los aburridos deliquios de los paraísos artificiales.

Al Dolor y a la Muerte hay que verles cara a cara: son dos océanos imponentes y terribles desde la orilla; pero cuando en ellos nos sumergimos resueltamente, cada una de sus olas nos trae una delicia nueva.

El alma humana está hecha de manera que se familiariza con las inmensidades; porque no hay abismo superior a los abismos de que está hecha...

El Dolor y la Muerte son inferiores a ella: sólo el amor es de su tamaño, y por eso vence todas las muertes y todos los tormentos.

La moraleja de estas filosofías debiera ser, por tanto, no huir jamás del Dolor ni temer a la Muerte, este es el verdadero opio que produce la serenidad. Así como frotándose con hielo los miembros congelados se calma el frío, así sumergiéndose virilmente en el Dolor se mata el Dolor”.

II. Hemos expuesto, en simples líneas el problema del dolor, nos queda ahora señalar a qué grandes causas aplicaremos su fuerza.

Un gran problema domina a nuestro tiempo: el de la Iglesia.

Sobre las aguas del diluvio flotaba el arca, símbolo de la Iglesia Católica. Del arca salió la paloma y al arca volvió llevando la rama de olivo. Sólo la Iglesia de Cristo puede ser en los tiempos actuales artífice de paz.

La Iglesia es el eterno mensaje que Cristo envía al mundo, la onda vivificante que esparce por doquiera el misterio de la redención.

La Iglesia es el corazón de la humanidad, y como corazón tiende a un doble movimiento. Uno hacia el interior que unifica, otro hacia el exterior que expande. El movimiento interior es de unión alrededor del Pontífice, el exterior es de dilatación de su reino en los infieles.

El Papa y las Misiones.— Los dos grandes latidos, la enorme pulsación de este organismo divino.

El Papa no es tan sólo, señores, el blanco anciano que en estos días cumple su octogésimo aniversario. El Papa, es un principio que nos habla de la totalidad de la Iglesia. El Papa es la Iglesia que ora en su vida contemplativa y que llevada por el Espíritu penetra en los recónditos secretos del Esposo y es la Iglesia que lucha en múltiples apostolados para la instaura-

(14) tr.: “sólo el dolor me hace la vida soportable”.

ción del reino de Dios. El Papa es la suprema liturgia que adora; y la sabia disciplina que gobierna, la palabra infalible de verdad que enseña y la norma invariable de moral que guía. El Papa es Roma de donde brota la unidad del sacerdocio "hinc unitas sacerdotii exoritur" y el motor de donde nacen las iniciativas y movimientos que son la vida de la Iglesia.

El problema del Papa, significa, señores, saber, si los católicos querrán guiarse por sus vistas estrechas, sus sentimientos mezquinos, sus prejuicios de raza y de tiempo o tendrán en cambio, la visión amplia, el corazón ilimitado, el Espíritu libre que regula sus actos en el pensamiento y las normas que de Roma se derraman sobre el mundo.

Y porque muchos católicos, no proceden así, porque abundan los que viviendo en la Iglesia, no viven sin embargo, la Iglesia, los que en ella ven sólo el ministerio de lo espiritual y no la realidad sobrenatural que nos une a Cristo y nos hace vivir en el tiempo, la eternidad, el problema del Papa, es uno de los más vitales por los cuales todo cristiano de verdad debe rogar.

Las Misiones, el otro latido del corazón de la Iglesia. ¿No es acaso la conclusión de lo que anteriormente hemos dicho?

"Pro omnibus, Christus mortuus est" (15).

La sangre del Calvario es púrpura de aurora: "et unde mors oriebatur inde vitam reddidit" (16).

Las lenguas de fuego de Pentecostés son la primera trepidación de ese corazón que quiere darse y contener en sí a toda la humanidad.

Impulsados por el Espíritu van los Apóstoles por los caminos del mundo, predicando la buena nueva, regenerando a las almas, estableciendo en los hombres la vida divina, incorporándolos al místico Cuerpo de Cristo, haciendo de la humanidad una nueva tierra donde el perpetuo milagro de Cristo se continúa y prolonga.

Pero, señores, nunca en nuestros días esa expansión se hace más necesaria. Cuando las naciones apostatan de Cristo, y los individuos van cada vez más ciegos en busca de sus egoísmos, cuando el incendio bolchevique amenaza consumir en sus llamas la civilización occidental y el grito impío de los "Sin Dios" resuena como trompeta apocalíptica en el mundo, la Iglesia debe reconquistar en otras regiones ese terreno perdido, para que ese crecimiento del Cuerpo místico de Cristo no se interrumpa y disminuya.

De ahí la angustia con que los últimos Pontífices llaman a esta Cruzada. La "Maximum Illud" de Benedicto XV y la "Rerum Ecclesiae" de Pío XI son las dianas sagradas que convocan a todos los cristianos a enrolarse en el ejército misional.

El Papa, las Misiones.

A su servicio era necesario poner la fuerza incontrarrestable del dolor y ha nacido esta jornada.

"En el día de Pentecostés, como reza la invitación oficial, millares y millares de enfermos en todo el mundo católico, van a sufrir por el Papa

(15) tr.: "Por todos ha muerto Cristo".

(16) tr.: "De donde brotó la muerte se devolvió la vida".

y las Misiones. Esta intención misional va a tornasolar de púrpura y oro la negra noche de su padecer.

Los que pueblan los grandes hospitales y las clínicas modernas, los que yacen en los blandos lechos abrigados o en la yasija mísera de la buhardilla, los que en tropel doliente poblarán con sus camillas, en este día, el ámbito de las grandes catedrales, envolviendo su oración en el agrio incienso del ácido fénico y del yodoformo, y los que en choza, bajo el cocotero de la selva reciban la alentadora visita de la Hermana Negra; el brahman bautizado y el paria convertido, el apestado de Hong-Kong y el leproso de Molocai... todos, todos vendrán a este Pentecostés del sufrimiento y en el fuego del Espíritu Santo su dolor se trocará en apostolado. Redentores como Cristo que, en el dolor de la Cruz, salvó a la humanidad; como la Madre corredentora, con su corazón herido por siete puñales; como Javier, agonizando en el abandono de Sanchón; como Teresita, languideciendo en los claustros de Lisieux”.

Qué bien han comprendido esa fuerza del dolor muchas almas de nuestros días.

Permitidme que os cite una página del teniente de aviación D'Arnoux, herido y sin remedio en un combate aéreo en la última guerra:

“Somos redimidos. Nuestro rescate fue el martirio de un Dios y desde ese día el sufrir alegre realiza la salvación del mundo.

Llamados a seguir las huellas de un Redentor Crucificado, nuestro valer está en nuestro poder redentivo y la medida de nuestra grandeza es la altura de nuestra Cruz.

El supremo testimonio de amor por Dios y por los hombres es el sacrificio y la munificencia de nuestros dones crece con la alegría de nuestro querer. ¿Sufrimos? Un minuto de tórrido amor vale más que la eternidad de pasiones.

Todo está en la inmensidad del querer. Un pequeño sacrificio todo incandescente de amor funde más pecados, consume más escorias, que días enteros de llamas en el purgatorio. Alegrémonos cuando sobre nuestras impurezas soplan las llamas expiadoras del dolor. Esta voluntaria alegría les da una virtud milagrosa; una virtud no sólo purificadora, sino, aún redentora. Por la reversibilidad de méritos en la Iglesia de Dios el sufrir de unos puede llegar a ser en cada momento generosa limosna a los otros. Te falta santa alegría en el padecer. Los dolores son joyas que Dios te regala para salvar a tus hermanos y tú las cambias por juguetes.

Para que estos diamantes mantengan su precio infinito la resignación no basta. Aprovechémonos de estos días suntuosos para hacer limosna de dolor a los pobres. No perdamos una sola brizna de oro. Demos todo. Seamos generosos”.

Monseñor Enrique Verius, el apóstol de Nueva Guinea, después de un día de fatigas que habían extenuado su cuerpo, pero no extinguido su sed de sufrimientos por las almas, exclamaba:

“Una pasión, una flagelación, una coronación de espinas, una crucifixión viviente, tal es lo que deseo para cumplir mi misión apostólica”.

Husymans, el convertido, el antiguo discípulo de Zola, el biógrafo más tarde de un alma apóstol en el dolor, Santa Lidwina, muere ofreciendo a Dios sus sufrimientos por el mundo. De él escribe Jean Lionnet su poesía, el “*Milagro del dolor*”.

No, tú no has sido el árbol seco y estéril”. “La tierra sin cosecha, la inútil acción.
No hay mejor obrero en mi viña que el enfermo que ora y sufre resignado.
Yo tomaba tus dolores y con ellos repartía gracias.
Sobre los remordimientos nacientes, y las flojas virtudes.
Yo los derramaba como una onda fertilizante.
Y esa ola aumentaba sin cesar, a lo largo de los años con tus tormentos,
tus sollozos y tu oración.
Ancha corriente de amor recalentaba la tierra”.

Señores sacerdotes, jóvenes seminaristas:

No olvidemos, que como apóstoles tenemos en nuestra mano, la llave que más mueve el corazón de Dios.

Cuando a lo largo del camino de nuestra vida vayamos contemplando la larga caravana que sufre, pensemos que es un río de gracias el que nosotros podemos encauzar.

Los enfermos serán así el más preciado tesoro de una familia, de una comunidad, de una parroquia.

Y cuando mañana un nuevo triunfo brille para la Iglesia, cuando una nueva región lejana se entreabra al Evangelio, cuando la acción del Papa llegue hasta los últimos confines, pensemos que allá, en un humilde lecho, clavado por el dolor, destrozado por la enfermedad, está la fuente escondida que mana gracia y que en su cruz ofrecida hace germinar en la distancia la Cruz del Redentor.

Por la Iglesia, por su Jefe, por la dilatación de ella.

En la Pentecostés del fuego del Espíritu.

Seamos apóstoles de la *jornada del dolor*.

II - La Compunción

Def: Es la contrición reinando en forma habitual en el alma.
Compunción entre la vida esp. antigua y la moderna; inutilidad de esta última - Falta de Compunción.

Ejemplo de Santos:

S. Pablo: *pius blasphemus fuit, et persecutor, et contumeliosus* -

S. Pedro - S. Agustín - S. Berné:

Vox in multiloquio sed in funitate cordis et confusione lacrymarum non exaudiri sciamus. Reg LI

~~Liturgia de la Misa~~
Mala su fructu cum lacrymis
nel gemitu cotidie in oratione Deo
confiteri

Liturgia de la Misa
Chacón al pie del altar.

(1) Este manuscrito es parte de un esquema de retiro espiritual.

Por qué la Confesión de creencia
está en los santos. Confesión se
anuncia con la confianza y el
amor - frutos: aceptación de frutos,
candad - no impide la alegría.
Nos hace fuertes contra la ten
tación

Medios de adquirirlos:
la nación, ante nos la crisis de
sufrimientos de Xto, memoria de
de Cristo para los pecadores.